Antonio Rovira

Cabos

La democracia en el siglo XXI

CATARATA

CATARATA

ANTONIO ROVIRA

Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Autónoma de Madrid, doctor en Derecho, licenciado en Filosofía y director del Máster en Gobernanza y Derechos Humanos. Presidente del Consejo de Trasparencia y Participacion de la Comunidad Autónoma de Madrid y director de la Cátedra UNESCO de Cultura de Paz y Derechos Humanos. Fue Defensor del Pueblo en funciones (1999-2000). En Los Libros de la Catarata ha publicado *¡No es justo! Lo que es y no debería ser un Estado arbitrario* (2013).

Antonio Rovira

Cabos

LA DEMOCRACIA EN EL SIGLO XXI

CATARATA

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DEBATE

© ANTONIO ROVIRA, 2021

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2021
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

CABOS.
LA DEMOCRACIA EN EL SIGLO XXI

ISBN: 978-84-1352-176-3
DEPÓSITO LEGAL: M-3751-2021
THEMA: DNP/JPVH/JPHV

IMPRESO EN ARTES GRÁFICAS COYVE

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Per Eva Rovira i els altres nets i netas.
Amb tot l'amor i suport anticipat del seu avi.

Índice

Prefacio 11

Nota 21

Un horizonte 23

La verdad 29

La despedida 35

Entre banderas 41

Globalización 47

El mejor alcalde de Madrid 53

Jueces, Constitución y sentencias 59

Libre-mente 65

Feliz aniversario 71

Unión Europea 77

¿Quiénes somos? 83

Identidades 87

Derechos humanos 93

Derecho a la cultura 101

¿Monarquía o república? 109

La envidia 113

El poder 117
La justicia 121
Jueces 125
Estudiantes 129
El caballo y la espada 131
Confederacion de Estados Europeos 135
Enemigos 139
Constitución y cambio 145

Prefacio

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Por casualidad. No existe una mano divina, ni una voluntad o un programa, somos una mezcla de suerte y necesidad. La fortuna nos hizo diferentes y el peligro, inteligentes.

Fue el azar el que eligió un determinado "gen cultural" que revolucionó nuestro cerebro, la materia gris, esa capa superficial que contiene las neuronas que fabrican la razón, el juicio y la palabra y con ella la facultad de perfeccionarnos, y fue el azar el que eligió para ti una combinación de ADN entre millones de posibilidades y ahora eres "tú", única, irrepetible, eso sí, rodeada de circunstancias y a medio hacer.

Eva, no elegimos nuestros genes, pero sí decidimos cómo se van a comportar. La mente lo determina todo y, para que tus potenciales categorías se manifiesten y no

se pierdan, tienes que "cultivarte", tienes que aprender a hablar, que no es lo mismo que hacer ruidos y chascarrillos, y a pensar, que no es lo mismo que repetir, y a crear, que no es lo mismo que copiar. También aprenderás que el tiempo no cura nada, que la herida solo puedes curarla tú, claro que con ayuda, pero tú decides.

No lo dudes, cultivarte es, junto con el oxígeno y los nutrientes, el sustento imprescindible para que las neuronas funcionen. Tu cerebro necesita alimentarse constantemente con los estímulos del presente y del pasado, un conjunto de conocimientos, experiencias y sensaciones plurales, en ocasiones muy tóxicas y a menudo imperceptibles a la vista y al tacto, pero indispensables, insustituibles. Un conjunto de estímulos e informaciones que se acumulan, disuelven y consolidan en tu interior, y a partir de los cuales piensas, razonas y actúas.

Sí, así es, y ten mucho cuidado porque todo se pega con la facilidad de un bostezo y lo que percibas, lo que asimiles, lo que atraviese tu piel y se incruste en tu cerebro, sin poder remediarlo ni impedirlo, sin quererlo, conquistará tu mente, dirigirá tus decisiones y determinará tu carácter y tu vida.

El tiempo es tuyo, Eva. Vive y fórmate lo mejor posible porque para seguir, para vivir libremente, para ser feliz tendrás que intuir y saber elegir; la misma escalera sirve para subir al cielo o bajar a los infiernos, y

precisamente para que tu vista y oído aprendan pronto a distinguir el ruido de las cadenas te doy este libro que es tanto como decir "te doy mi palabra", mi alma, lo más importante que tenemos las personas. Un pequeño texto con 24 sencillas reflexiones llenas de consejos que resumen mi experiencia. Cuando lo leas, recuerda que me estarás leyendo y abrazando a mí (W. Whitman).

Así pues, siéntate a la mesa, aprende y conquista la vida que deseas y hazlo con la palabra y la pluma, y si es necesario con la espada, ¡quién puede más!, y comprenderás que la libertad no cae del cielo, que no es un valor absoluto, ni una ideología, ni una promesa eternamente diferida. Verás que la libertad eres tú.

¿Quién puede negarlo? La capacidad de decidir, de escoger entre diversas acciones posibles, es el resultado de un proceso fisiológico en el que cientos de millones de tus neuronas conectadas y culturalmente alimentadas, cultivadas, producen las decisiones, elecciones, equivocaciones y rectificaciones. Es la libertad la que habla, grita y aplaude. Y esa libertad que nos define no se tiene ni se puede almacenar, es un resultado, una consecuencia, al igual que la velocidad es el efecto del funcionamiento de un coche.

Así de sencillo: la libertad, la felicidad, el placer o el dolor, el amor o la angustia son resultados, siempre contingentes, variables, muy previsibles, y cuyo grado, en buena medida, también depende de cada uno. Unos efectos que experimentamos todos, ricos o pobres, sabios o torpes y en todos los tiempos, la diferencia está en lo que cada uno necesita para que se manifiesten.

No lo dudes, tu libertad y felicidad se producen aquí y ahora, búscalas dentro de tu casa y, eso sí, exige con fuerza al Estado, a la política, que las asegure mediante unos enunciados normativos reforzados que denominamos *derechos humanos*. Unos derechos que nos otorgan facultades para defender nuestras capacidades esenciales frente a todos.

¿Dónde estoy?

Abre los ojos y lo verás. Has nacido en el precario momento que media entre el final de un mundo y el comienzo de otro, y en tiempos de tanto cambio la rueda gira muy deprisa y la incertidumbre es muy grande, pero también aumentan las posibilidades de que puedas vivir en un mundo mucho mejor y más justo del que había cuando yo nací.

Vive la vida, Eva, que es muy hermosa, pero también peligrosa. Descubre sus fantasmas, desengañarse

es despertar, y verás cómo las palabras, las miradas y las sonrisas tienen alas, que son apariencia y juego, que nunca son inofensivas, ni limpias, ni rectas y que también están hechas para mentir y enmascarar. Comprobarás cómo las caricias de hoy pueden convertirse en bofetadas mañana y que un simple gesto, un detalle insignificante, puede hacer saltar por los aires una relación o consolidar una gran amistad.

¿Quién puede dudarlo? La realidad existe, pero engaña, cambia con la mirada, con la perspectiva. Por eso hay muchas formas de verla, sentirla y vivirla, y para todas hay razones, aunque no hay razones para tanto. A veces, para verla bien, para que no te ciegue el brillo de ningún palacio, de ninguna grandeza, de ningún ni tapiz, tendrás que cerrar los ojos.

¿Cómo podría decírtelo? Hemos entrado definitivamente en la época de la imagen, de las apariencias, de la seducción. Atraer, emocionar, gustar, el maquillaje y las máscaras lo dominan casi todo. Lo importante no es tanto lo que se dice, sino quién lo dice. Pero no todo puede dar igual, no solo la belleza, el placer y la diversión pueden seducir: la justicia, el cuidado del medioambiente, el trabajo bien hecho, los derechos humanos también pueden conquistar los corazones.

¿Cómo soy? ¿Cómo puedo descubrir mis habilidades?

Muéstrate y lo sabrás. Pregúntaselo al mundo y espera sus respuestas, y muévete, porque casi todo es intuición y casualidad. Dos o tres encuentros han sido decisivos en mi vida.

Conócete a ti misma, pero antes conoce a los demás, y no demasiado porque para entenderte y entender el mundo conviene no tener las ideas totalmente claras. El error, la suerte, el azar, la fatalidad y el accidente también son rasgos inevitables de nuestra condición humana.

Observa y aprende a ver lo grande, lo pequeño y lo mediano de la gente; lo bueno, lo cruel y lo ocultamente violento, y verás cómo la belleza y la fealdad, la inteligencia y la idiotez están muy repartidas en este mundo y que, si las circunstancias se prestan, con facilidad pasamos de la bondad a la maldad, del amor al odio, de víctima a verdugo y de vencedor a vencido.

Exprésate con sencillez, con naturalidad, con una cortesía que no canse. Muéstrate amable y sonriente, aprende a saber estar en toda clase de situaciones, pero enseña los dientes de vez en cuando para que no se confunda la educación con debilidad, y recuerda que tus defectos y errores también pueden ayudarte a atravesar las puertas.

Aléjate de las personas venenosas, envidiosas, esas personas tóxicas y caprichosas que, para afirmar su estatus social, para atraer la atención con un punto de refinamiento exhibicionista muestran ascos y manías con la comida, y hablan con un tono que por sí solo ofende. Desconfía de su amabilidad gélida, aislada, porque es la forma más sofisticada del desdén, del menosprecio, incluso del desaire.

En fin, elije tu propia vida, sigue tu camino con la cabeza bien alta y, cuando no sepas qué hacer, déjate llevar porque para encontrarte antes tienes que estar perdida. Eso sí, nunca olvides el lugar concreto en el que iniciaste el viaje y llévate muchas cosas reales de él, porque, para asegurarte la conexión con el mundo, tu futuro debe estar lleno de pasado, es la cuerda que impedirá que te pierdas en el espacio.

Tengo miedo, *avi*.

El miedo nos protege, Eva, es el terror el que nos paraliza. El miedo nos ha salvado y nos ha guiado hasta aquí. Claro que temblarás entre las tinieblas y también en los momentos importantes, temerosa de fracasar, de decepcionar, de no estar a la altura, pero piensa que hay que fracasar mucho para triunfar un poco; y para que los fracasos, que los tendrás,

no sofoquen tu optimismo ni tu valor, para que no te sepulten debajo de los escombros, para no doblegar la cabeza hacia el suelo, para no entregarte, ilusiónate, Eva. Ilusiónate con el mundo, con la diferencia, que es lo contrario de la indiferencia. ¡Embriágate! De libertad, de individualidad y solidaridad, con el trabajo, con la familia, con la diversidad, como quieras, pero apasiónate sin cesar y vivirás un remolino de emociones que hará regresar el brillo a tus ojos.

¿Qué quieres decir?

Por raro y extraño que parezca, el placer y el dolor no se dan juntos, pero cuando se presenta uno, lo sigue de cerca el otro, como si estuvieran encadenados, y la vida consiste en lograr que la cadena sea lo más larga posible en un caso y lo más corta en el otro.

¡Todo se reduce a eso! Para que la vida no te domine, debes tener prioridades, propósitos, una misión, algo por lo que merezca la pena vivir, un "ikigai", una motivación que te lleve a la acción.

Hazme caso. Cuando te visiten tiempos difíciles, cuando la luz se esconda y se te rompa el corazón, cuando sientas ese dolor silencioso, frío, duro, profundo, persistente del alma, no te rindas, resiste, acepta el reto, confía en tus fuerzas, muérdete el labio inferior hasta

marcarlo con los dientes como tú sabes hacer, saluda a los malos tiempos y pregunta al inmenso azul que corona nuestra montaña cómo puedes entusiasmarte de nuevo; y verás cómo un poco más allá recuperarás la risa y se despertarán en ti el orgullo, la seguridad y el valor de la libertad, y volarás de nuevo y regresarás a nuestra antigua casa, donde escucharás la tormenta de hierro, el viento que canta y el silencio de la noche estrellada y, abrazada a la encina, verás el verde oro de la morera y el sol que luce y calienta por todas partes, y recogerás la rosa de fuego perfumada y sus palabras de luz serán para ti las más dulces caricias. Y un poco más allá, el mar.

Y entonces, Marco y Eva… seréis felices y diréis: "¿Por qué otro mundo, Señor, si para mí, como este, no puede haber otro mejor?" (J. Maragall).

Ah, y comeos la manzana.

Nota

Los textos aquí recogidos originalmente fueron publicados como "Tribunas" en el diario *El País* entre los años 2016 y 2020. Todos ellos han sido revisados para la elaboración de este libro, pero obedecen y dan respuesta a cuestiones muy actuales y de futuro que en aquel momento fueron objeto de debate público. La intención de este libro es la de reflexionar con estos cabos sueltos sobre el futuro de los derechos humanos y la democracia por encima de la coyuntura, aunque en ocasiones e inevitablemente se haga referencia a fechas y se sobreentiendan acontecimientos de lo que entonces era actualidad.

Un horizonte

Lo estamos viendo. El que más sufre no es el tirano, ni el malvado, ni el corrupto, ni el ladrón, y los hay por todas partes y ellos también son humanidad y de eso debemos partir si queremos vivir en una sociedad libre, justa y en paz.

Los humanos no somos buenos por naturaleza, nacemos sin principios y somos capaces de todo, de lo mejor y de lo peor, por eso necesitamos policías y tribunales. La idea de que la maldad y la desigualdad entre los hombres es efecto de la sociedad, que la política es la pervertidora, es demasiado romántica.

No es así. La humanidad soporta cualquier realidad. Con el primer soplo de un ciclón las personas, los grupos y las sociedades pueden pasar de defender la libertad a entregarse a un fanático, y el orden democrático se evapora.

¿Cómo podría decirlo? Somos muy dúctiles; con la misma facilidad con la que nos acostumbramos al mal olor, si las circunstancias se prestan a ello, podemos transformarnos en lo contrario. Sin darnos cuenta, pasamos de la cordura a la locura, de la bondad al odio, de vencedor a vencido y de víctima a verdugo, y cada día nos cruzamos con la crueldad y la injusticia, pero también con la bondad, la honestidad y el compromiso, y lo más importante, comprobamos que los mismos sinvergüenzas y tiranos, con otra educación, con ilustración, en otras condiciones, en democracia son capaces de virtud y bondad, y los corruptos, de generosidad y honestidad.

No, no es la política la que provoca los conflictos, sino la naturaleza humana, y la política resulta imprescindible para domesticarnos antes de que nos devoremos. En otras palabras, que todo tiende a ir mal, muy mal, si nos dejan solos, si no intervenimos creando lazos, afectos, vínculos que nos ordenen democráticamente.

Así es y lo estamos viviendo. Nuestros derechos no son nada sin hospitales y escuelas públicas, sin Gobiernos y parlamentos que impongan límites y prohibiciones, no siempre razonables y a veces injustas, pero sin duda necesarias para poder continuar. A esto lo llamamos Estado de derecho, una estructura compuesta

de personas, territorios y de un poder organizado en un montón de instituciones y procedimientos encargados de proteger nuestros derechos.

El Estado no tiene nada que sea trascendente, no es un fin. ¿Hay que recordarlo? No tiene voluntad, no se construye para lo bueno, sino contra lo malo. El pueblo y el Estado no son la misma cosa. El Estado democrático es el soporte físico de un poder social que ejercen las personas elegidas y nombradas, y ellas son las responsables de que el invento no se convierta en un juguete o, peor, en una monstruosidad.

Pero hemos entrado en el tiempo del futuro y el mundo es un campo de batalla que va a su aire, y la mayoría de los países se muestran incapaces de seguir el paso. La fábrica de emitir órdenes, el viejo y gastado Leviatán, no funciona bien. Nuestras actuales instituciones democráticas, que no son ideales pero sí necesarias, imprescindibles, han entrado en un proceso de fragilidad, de ineficiencia, que parece imparable y revolotean desesperadas mientras languidecen, y este es nuestro gran problema, porque necesitamos más que nunca que las instituciones sigan haciendo el mismo trabajo, pero en condiciones muy diferentes.

El Estado no puede con la globalización, pero no disponemos de un invento mejor que asegure nuestros derechos. Por eso necesitamos reforzarlo, actualizarlo,

porque no hay marcha atrás; por suerte, no se puede detener o invertir el proceso de globalización y me temo que la gobernanza global, la "Constitución de la Tierra", se va a demorar un poco. ¿Qué nos queda? Pues resistir. Y para resistir hay que reformar y la política es la única salida. No veo otro camino.

El Estado democrático debe tomar un papel más activo en la defensa de nuestros derechos más esenciales organizando y garantizando el huerto común: la educación, la sanidad, el aire que respiramos, el agua que bebemos, los bosques… Debe, en fin, garantizar unas condiciones básicas que reduzcan los desequilibrios y para ello necesita recuperar un poco del poder político que le han comprado. El Estado tiene que dejar de endeudarse para recuperar en lo posible un mínimo control estratégico de la economía y participar en el uso de la revolución tecnológica para modernizar sus estructuras y aumentar su efectividad. Y, cuando digo Estado, también estoy diciendo Unión Europea, una confederación de Estados democráticos, ya no podemos vivir los unos sin los otros. Y, ¡ojo!, porque las reformas que no se hagan marcarán el futuro. El punto de no retorno no se ve hasta que está demasiado cerca.

Ahora bien, para salir del pozo, para actualizar y reforzar las instituciones del Estado democrático se

requiere algo más y quizá más difícil. La democracia necesita que le devuelvan la vida, necesita recuperar el "carácter", la confianza, porque el cambio de época también ha desgastado los valores, los ideales que han fundamentado e impulsado el comportamiento democrático. No es solo una crisis institucional, es el principio de la derrota del pensamiento democrático. Nos estamos quedando sin horizonte, sin programa, y la política se ha convertido en un juego de palabras que solo sirve para decirnos lo que es evidente y la política tiene sentido si inventa nuevas perspectivas.

Y ¿quién no lo sabe? Mientras la democracia se vacía, crecen la ansiedad y el miedo a que nadie responda, y con el miedo regresan los autoritarismos con sus cínicos ideales absolutos que niegan la realidad con el mayor descaro, acusan al otro de lo que ellos hacen, se presentan como defensores de lo que combaten y transforman los derechos más esenciales en humo. En fin, dicen amar a su patria y son los que más daño le han causado. Pero ahí están de nuevo, preparados para dar el salto y llevarnos al valle de lágrimas.

Y ¿qué podemos hacer para que esto no pase? Al igual que la enfermedad se siente más que la salud, la desgracia y la adversidad unen más que la felicidad y el bienestar.

A lo mejor este retiro obligatorio, esta pandemia, nos ayuda a recuperar nuestras fuerzas y a mirar el mundo de otra manera y a sentir la necesidad del cambio, y, ¿por qué no?, quizá nos despertemos con un gran pacto político que nos devuelva la confianza en el Estado de derecho, que es tanto como decir confianza en los dirigentes y en la política.

"¿Dónde está la sabiduría perdida entre tanto conocimiento?" (T. S. Eliot).

La verdad

"Comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión" (artículo 20.1.d de la Constitución española) no solo asegura nuestro derecho a conocer y explicar lo que acontece, también es una garantía esencial para la configuración de la opinión pública, ese sentir mayoritario que resulta imprescindible para construir una sociedad libre, plural y democrática. Por eso, informar e informarse es un derecho fundamental independiente y preferente, y el periodista es el encargado de facilitarlo como el profesor lo es de enseñarlo.

Pero escuchar la vida es más complicado que vivirla. Al igual que informar es más difícil, más sacrificado, más caro que comunicar. Dos géneros, dos formas de expresión con naturaleza, alcance y protección diferentes. Opinar no es lo mismo que informar, aunque tampoco se den en estado puro.

La academia nos dice que la verdad es lo que distingue la información de la opinión, que una noticia falsa nunca puede constituir el ejercicio legítimo del derecho a informar. Pero menuda palabra escogió la Constitución para defendernos de los rumores, engaños y falsedades. La palabra "verdad" es tan grande, tiene tanta amplitud, significa tantas cosas que sirve de poco. Quizás se refiera a la correspondencia entre lo que se cree y lo que se dice, porque la verdad también hay que creérsela. Sin duda, es una palabra muy recurrente, pero también engañosa, y desde luego insuficiente para enjuiciar el fraude y la manipulación de las noticias. Además, para informar no es necesario ser tan ambiciosos, decir la verdad, podemos funcionar con términos más blandos y relativos como "validez", "evidencia", "realidad", "acontecimiento". Cuando hablamos de información nos basta con que esta sea probable, neutral o, mejor, cierta.

Reconozcámoslo, la verdad es una expresión muy nuestra, incluso demasiado nuestra, caprichosa, siempre interesada y muy cómoda porque no compromete a nada y obliga a muy poco, y si no preguntadles a los poderosos que ayudan a que un determinado bulo, enredo o falsedad corra en la dirección correcta y triunfe.

A mi modo de ver, no es la verdad sino la técnica lo que diferencia la comunicación de la información, la

opinión de la noticia. El Tribunal Constitucional califica la noticia como un deber de diligencia profesional, como una exigencia y responsabilidad del sujeto más que del objeto. Sin duda, editar una información consiste en trabajar con adiestramiento previo para dotar de significado a los hechos y a las cosas que ocurren, y apagar los rumores o acontecimientos inventados o desfigurados. El periodismo, la noticia, es el producto de una actividad técnica, profesional, de comprobación de lo que acontece de forma suficiente, lo más cercana posible al hecho y con medios y tiempo para que la información madure.

Pero la realidad es oscura, nunca es lo que parece y hay que buscarla con excavadoras. De manera que la técnica, este trabajo profesional de edición, también requiere una maquinaria para realizarse. Así es, para dotar de sentido a los acontecimientos, para situarlos en su contexto se necesita una estructura informativa, un aparato independiente, sólido, capaz de convertir la verdad, y con ella la posverdad, en un concepto retórico, incluso folclórico y casi exclusivamente religioso o político al demostrar que un acontecimiento no necesita ser verdadero cuando se descubre evidente.

Pero a la información le ha salido un competidor. La globalización ha convertido la comunicación en un producto de entretenimiento y consumo masivo, y ha

creado un nuevo género, un nuevo estilo de informar que es a la vez opinión y noticia, y que reina por encima de la verdad y de la realidad. Un nuevo género informativo que hacemos y consumimos nosotros incluso cuando estamos en el retrete, por eso lo sentimos como algo muy nuestro y lo consumimos sin decirlo.

En los cinco continentes se ha impuesto esta manera de comunicación de masas con noticias dirigidas directamente a la zona del cerebro que regula las emociones para que nuestro corazón palpite a ritmo diferente. Una zona situada debajo de la corteza cerebral, que dirige nuestras sensaciones más primitivas, como el miedo, la ira o el placer, porque este es el objetivo del nuevo género de información, de la posverdad, nuestro "cerebro de reptil", la parte que se encarga de los instintos más básicos y nos somete inconscientemente a las más fuertes ataduras. Una nueva forma de información muy globalizada que nos convierte en consumidores compulsivos de noticias muy verdes y adulteradas. Cuantos más clics hacemos, más los necesitamos y el negocio aumenta.

En fin, un estilo de información rápida y sin esfuerzo, lleno de titulares, gritos, gestos y *flashes* dirigidos directamente al corazón. ¡Me gusta! Un género barato, global, sin límites, que a base de tuits intenta dirigir nuestros gustos. No importa que el mensaje sea

mentira y provoque dolor, todo es cuestión de preferencias sin ninguna implicación ni responsabilidad y con mucho anonimato. En fin, las apariencias no engañan: en el nuevo género informativo, el que miente, triunfa. Esta es la realidad.

Además, la posverdad, las noticias falsas, esta información espectáculo difundida por las gigantescas plataformas de comunicación lo está enredando todo y no es fácil decirlo, pero, como estamos viendo, puede llegar a confundir y distorsionar la opinión pública afectando al funcionamiento democrático de nuestros Estados, cuyas estructuras estorban a los mercados globales.

Así pues, navegar por internet es muy divertido y emocionante porque te pierdes y te encuentras, y aunque la tentación de limitar este vagabundeo es grande, por suerte, es muy difícil. Pero el necesario control de la red no puede hacerse por el Estado y cada vez resulta más complicado saber a quién tenemos que dirigirnos para que nos ayude y nos defienda de los abusos, de manera que no tenemos más remedio que aprender a cuidarnos nosotros mismos. Nos han puesto en el centro del nuevo mundo y tenemos que ser más desconfiados y no creer en lo que dicen sin comprobar quién lo dice, sin mirar arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda.

No hay que caer en la tentación. Los tuits nos conectan y entretienen, pero no podemos tomarlos muy en serio ni hacerles mucho caso. Aquel que construya su opinión solo con tuits o siga a rajatabla todo lo que le diga la revista de moda o el vecino, tiene un problema.

El mayor problema es que, mientras la comunicación y sus plataformas se han globalizado, el periodismo no lo está haciendo a la misma velocidad. Los medios profesionales de información, por su propia naturaleza, son más caros y lentos, y al mismo tiempo demasiado pequeños, locales y poco atractivos para recibir anuncios y sobrevivir. Claro que necesitamos internet y mucho entretenimiento, pero para tener conocimiento, para cultivarnos, para vivir libremente necesitamos, más que nunca, un periodismo técnico, independiente, responsable, plural y con su correspondiente y eficiente maquinaria en la red. De lo contrario, ya sabéis, a río revuelto…

La despedida

¿Quién no lo sabe? La muerte siempre triunfa. La vemos de forma diferente en verano que en invierno, cuando estamos sanos o enfermos, pero casi nunca aparece como es: un proceso más o menos largo, silencioso, solitario, que empieza con el último soplo de aliento sin aire y termina con nuestra desintegración en la nada. Así es, qué le vamos a hacer; morir es regresar al vacío, el lugar del que venimos sin ningún recuerdo, ni más ni menos.

Entonces, si terminamos en el mismo lugar del que partimos, ¿por qué sentimos este miedo frío que duele más que el resultado? La muerte es un hecho inescrutable, engañoso e incierto, por eso le tenemos miedo. Es un proceso oscuro, curvo como el universo, pero muy nuestro. No nos engañemos, la muerte no es un hecho exterior, no lleva guadaña, no tiene un dedo que te señala. El que se muere eres tú. Son tus células, tus

nervios, tus neuronas las que dicen basta. La muerte es nuestro acontecimiento interno, privado, íntimo más importante y definitivo, y por eso reclamamos el derecho a decidirla y dirigirla. La muerte nos pertenece.

Algunos se la toman como un fracaso, otros como una rendición o un accidente y muchos se consuelan pensando que su devoción les asegura el paraíso. Pero ¿quién puede dudarlo? El paraíso y el infierno están aquí, al lado, detrás de cualquier puerta, debajo de cualquier sábana. El infierno lo creamos nosotros; está en Alepo, en las minas de coltán del Congo y a veces también en la habitación de un hospital y, sin duda, el infierno está en la cama de aquellos a los que no dejaron morir en paz. Personas que están sufriendo cada día, cada hora, durante décadas y no hacemos nada. Personas que esta misma mañana están pidiendo ayuda para despedirse, pero, como ya no pueden romper cosas, nadie las escucha. Las leyes que regulan nuestra destrucción todavía destilan mucho incienso.

Sí, así es. Cuando todo se desmorona, cuando no podemos mover las manos, ni los ojos, ni un dedo del pie, aunque el corazón sigue latiendo y la mente funcionando. Cuando la boca se convierte en cartón, estamos sin remedio en manos de los demás. Entonces es cuando aparece la piedad con su cestita

y su dogma cargado de fuego y azufre: es malo cuanto va contra la vida y bueno cuanto la favorece y sin dudarlo decide sobre nuestra existencia sin preguntar. Todo justificado por una hipócrita y antigua moralidad.

Los propios médicos denuncian que, en no pocas ocasiones, enfermos terminales o grandes dependientes vegetan contra su voluntad durante décadas y mueren en nuestros hospitales con el suero puesto y esperando una analítica o entubados en un servicio de urgencias, porque a la ley o a la propia familia solo les preocupan el estómago, los latidos del corazón o el oxígeno de sus pulmones.

Sin embargo, ¿no es nuestro mayor deseo morir sin sufrimiento, por sorpresa, en solo un instante? ¿No soñamos con la oportunidad de poder despedirnos un día de invierno, con sol, sin dolor, pacíficamente acompañados y recordando la vida?

Desdichado aquel al que no le dejan decidir su final, al que le prohíben el combate y solo le permiten esperar pacientemente, con el dolor silencioso de la resignación, la derrota. Cuando precisamente es el combate, la capacidad de crearnos a nosotros mismos, de decidir donde reside la dignidad de la persona, su esencia diferenciadora.

Por eso no entiendo bien la seguridad con la que el Tribunal Constitucional se inclina por la primacía

absoluta del derecho a la vida física, biológica, no solo frente al exterior, frente a los demás, con lo que estamos absolutamente de acuerdo, sino también frente a uno mismo.

¿Quién no está a favor de la vida? Pero no es lo mismo el derecho a la vida recogido en el artículo 15 de la Constitución que el derecho a mi vida recogido en el artículo 18. Se puede y debe defender la vida física frente al exterior, frente a las agresiones de terceros, ilimitadamente y en base a ello perseguir y condenar al asesino y prohibir la pena de muerte, pero a una persona adulta y capaz no se le puede imponer a toda costa su existencia, porque la vida es necesaria para ser, pero mi vida es necesaria para poder ser humano, para poder ser persona, que es lo que se encarga de regular el derecho democrático, de lo que jurídicamente podemos hablar.

Por suerte, el mundo gira muy rápido y el cambio social ya se ha producido. Socialmente ya ha fracasado la doctrina de la vida recta, aquel modelo de vida digno de ser imitado por todos. La libertad, la soberanía personal, también ante la muerte, esta voluntad reflexiva, razonada, explicada que dice "vivir depende de mí" significa que una persona adulta y capaz, se reconozca o no jurídicamente, tiene el derecho a disponer de las posibilidades materiales reales de opción, de elección,

que la vida le ofrece y entre ellas está la de dirigir su propia muerte. Y como este es nuestro derecho, los poderes públicos tienen el deber de garantizárselo a todos. Tienen la obligación de intervenir facilitando los medios y removiendo los obstáculos que dificulten la realización efectiva de este mismo derecho a aquellos enfermos terminales o grandes dependientes incurables que no puedan hacerlo solos y que, por propia iniciativa, así lo soliciten.

Dejémonos de tonterías, este no es un asunto exclusivo de la familia. Aquí al lado hay ciudadanos que sufren durante décadas y no podemos seguir mirando a otro lado. Sabemos que la vida no acaba bien, sabemos que vamos a morir, pero también sabemos que en ocasiones podemos decidir el momento y el proceso, buscar el consuelo, besar amuletos y, cuando nuestro cuerpo ya no pueda pegarse un tiro, pedir ayuda.

Señores: ¿por qué la muerte llega al que no la espera y se prohíbe al que la reclama?

Claro que es más fácil abstenerse, pero es un deber decirlo: dirigir y decidir nuestra muerte también debe ser considerado como una decisión ética, moral y también legal, y al legislador le corresponde regular los casos, establecer los límites y precisar las garantías en el marco de la Constitución y con el máximo respeto a los valores de justicia, igualdad, libertad y solidaridad.

Entre banderas

El tiempo se acelera desordenadamente, estamos perdiendo el compás, el ritmo y la política de las emociones y de la improvisación se está apropiando del juego. Nos sentimos más vulnerables y, claro, cuando nos ofrecen una bandera la tomamos con más facilidad y nos hacemos nacionalistas, españolistas, catalanistas, madridistas o barcelonistas… Banderas e insignias que representan una de nuestras dos mitades o identidades, la que nos mantiene unidos a la tierra, a la familia, a unos amigos, a la lengua y a una nación, frente a la otra mitad que reclama el "yo soy" y garantiza nuestra personalidad, nuestras diferencias, la mejor autodefensa frente al gen fanático que llevamos dentro.

Visto así, la pregunta básica no debería ser si se están exagerando los peligros del nacionalismo, sino hasta qué punto. Porque lo malo no es convivir y compartir símbolos, lo malo es dejarse llevar para que la

primera mitad devore a la segunda y, entonces, al frotarnos con una bandera nos entren ganas de quemar todas las demás.

En esto consiste el fanatismo, que no es locura sino odio. Un odio que juzga sin escuchar y no respeta nada y, del otro lado, amor: un amor sin control a punto de asaltarnos al menor descuido. El fanático teme sentirse individuo, envejece sin hacerse mayor y, como un niño, niega los hechos para que desaparezcan. Para ellos todo conflicto supone una lucha entre el bien y el mal, entre el amigo y el enemigo, por eso rompen los puentes y lo que haga falta para que no haya vuelta atrás ni posibilidades de arreglo.

Los fanáticos de todos lados están creando desolación en nombre de la democracia y transformando a Cataluña en un polvorín que puede salpicarnos a todos. Pero tienen un problema: o se santifican o terminan convirtiéndose en bufones y lo saben. Por eso van a por todas.

Dicho sin más rodeos: ¿es el nacionalismo realmente el causante de esta crisis? Muchos consideran que la causa del aumento del independentismo es el sentimiento nacional, son la autonomía, la educación, la gestión de la cultura, los medios de comunicación. No es verdad, el independentismo no es un fenómeno fabricado por la lengua, la educación o la televisión.

Qué fácil sería corregirlo. El independentismo es una inflamación del sentimiento nacional alimentada, en gran medida, por decisiones políticas torpes e interesadas de unos y otros que han encendido las pasiones y taponado la razón. Los fanáticos no ven que, por mucho que deseen la independencia y por alto que la declaren, no conseguirán que Cataluña se traslade a otra parte, al igual que, por muchos policías y tribunales que intervengan, el Gobierno no logrará que cientos de miles de personas dejen de soñar con ella durante décadas. Una independencia que, eso sí, se ve más hermosa de lejos que de cerca.

Las batallas ya no se ganan sobre el terreno cavando trincheras, pero aquí el fanatismo nos está conduciendo a una batalla cargada de sentimientos. El escenario del día 27[1], efectivamente, fue una fiesta, pero en un hospital lleno de heridos y tristeza, aunque quizá para los protagonistas no sea suficiente el sufrimiento y necesiten otro buen susto para detenerse y empezar a parlamentar. Porque el acuerdo llegará, a lo mejor después de las elecciones y a lo peor más tarde y con mucho más sufrimiento, pero llegará. Un acuerdo parcial, provisional, para ir tirando, como siempre, pero acuerdo al

1. El 27 de octubre de 2017 fue votada y aprobada por el Parlament la declaración de independencia de Catalunya, que había sido firmada por el presidente de la Generalitat el día 10 de ese mismo mes.

fin, no una capitulación, ni una entrega, porque ahora las dos partes saben que el otro existe de verdad, que no es un espejismo fruto de la manipulación. Los dos saben que de aquí no se va nadie, pero también que para convivir en libertad y defender la igualdad es necesario reconocer las diferencias, no privilegios, las diferencias que hacen significativas a Cataluña, Madrid, Andalucía, etc., y que exigen tratos jurídicos distintos.

Pero, ¡ay!, ya los escucho de nuevo. "¡Igualdad!", gritan desde el otro lado. "¿Igualdad respecto a qué?", les pregunto. Porque legislar precisamente consiste en establecer diferencias, en hacer distinciones, en fin, en regular de forma diferente lo que es diferente. La igualdad llevada al límite es el infierno. El derecho a la igualdad de los artículos 14, 9, 149, etc., de la Constitución también nos defiende de la uniformidad, del café para todos, porque todos somos iguales, pero no somos lo mismo.

El primer paso siempre es el más difícil, hay que parar y superar la cerrazón, y a continuación, el nuevo Govern debería demostrar el convencimiento y someterse a la legalidad constitucional vigente y el Gobierno tendría que reconsiderar la propuesta concertada en el estatuto votado, refrendado y anulado. Después necesitará impulsar y acordar el procedimiento jurídico para implementar un nuevo pacto

social, económico y político que permita a este país resistir las otras grandes crisis: la institucional y la económica.

No van a ser decisiones fáciles y sin duda van a doler de lo lindo, porque los conflictos internos son más complicados que los externos. Aunque esta vez tenemos algo de suerte, por ahora el conflicto no es religioso, ni de valores, ni de clases, simplemente es, nada más y nada menos, de intereses: ¿quién tiene la competencia, el poder para administrar y recaudar impuestos? ¿Quién la tiene para decidir la lengua y cómo educa a sus hijos? ¿Quién quiere recuperar la idea romántica, hace mucho tiempo superada, que identifica la nación con el Estado?

Ni guerra cultural ni de valores, simplemente una muy encarnizada disputa sobre cuánto manda cada uno en la casa. Estaréis de acuerdo en que, visto así, el conflicto puede resolverse por una temporada. Claro que, con algunas convulsiones, porque en España la vida política siempre se vive de forma apasionada, incluso trágica. El día de la votación parlamentaria de la independencia también vimos mucho movimiento innecesario y excesivo, mucha pose para quedar bien. Mucha preocupación y poca convicción.

Sin duda se llegará al entendimiento y será entonces cuando los dirigentes catalanes comprobarán

que han logrado mucho menos de lo que habrían conseguido si hubieran negociado bien y actuado legalmente, y el Gobierno verá que podría haber obtenido un pacto mejor, con menos costes para el país y más ventajoso para sus políticas económicas y sociales, si hubiera sido menos arrogante, si hubiera tenido más oído, intuición y sensibilidad.

Sin duda, nuestro principal enemigo es el escepticismo, la creencia de que no hay remedio, porque los hay, aunque parciales y temporales, y están en nuestras manos.

En fin, hay que aguantar la presión y tener en cuenta que lo peor no es inevitable, aunque lo mejor tampoco sea lo más probable.

Globalización

De nuevo saltan las alarmas: ¿quiénes somos? ¿Qué queremos? ¿Adónde vamos?

Intuimos un cataclismo político y social global, y las antiguas melodías para explicarlo ya no sirven. La bancarrota, lejos de ser regulada y controlada, reaparece; la escandalosa corrupción está pervirtiendo todo y la pérdida de confianza en el Estado es total.

La sensación de desamparo estremece. ¿Qué pasará? Ciertamente, el cambio es enorme y estamos desengañados, pero recordad que *des-engañarse* es despertar y cuando uno no sabe a dónde va es cuando llega más lejos.

No estamos en el fin de una era, sino al final de una época y el principio de otra en la que tenemos que aprehender a cuidarnos nosotros mismos porque la mundialización, que lo está cambiando todo, nos ha puesto en el centro de un nuevo modelo social donde

todo es posible. A partir de ahora el "deber" es lo que nos ordenamos a nosotros mismos y fracasaremos si no nos atrevemos a decir: ¡no!

La globalización es un maremoto provocado por la técnica aplicada al consumo. Es como una máquina que se acelera y en la que las cosas se suceden y sin más se van. Ya no hay mestizaje en el funcionamiento financiero o económico ni en el trabajo científico o médico. El neoliberalismo, con su lógica del exceso, está convirtiendo la eficiencia "técnica" en una ideología que nos dice cómo debemos comer, cómo debemos ducharnos y limpiarnos los dientes o cómo sentarnos en el sillón eficientemente. El *background* está en la nube.

Pero, atención, porque todo cambio tiende a ser dialéctico y el movimiento en una dirección implica necesariamente el contrario. Un mundo globalizado no quiere decir único. La globalización no tiene por qué eliminar las diferencias, al contrario, puede potenciarlas. La igualdad de derechos no implica uniformidad de la misma forma que el McDonald's no implica necesariamente la desaparición de la tortilla de patatas.

La globalización no hechiza a nadie, en la globalización no hay sentimientos, solo intuiciones. No crea una sociedad mundial uniforme que sustituya

nuestros orígenes; al revés, cuanta más globalización, más soledad y más añoramos nuestra aldea para vivir con otros y no solo junto a otros.

La mundialización también está implicando el resurgimiento y reforzamiento de las identidades colectivas. Para vivir necesitamos convivir y con-vivir es competir, es estar en grupos diferenciados con una determinada forma de ser, con un determinado "carácter". Lo local y lo global son caras de la misma moneda.

Para manejar la nueva era está surgiendo una clase de ejecutivos y trabajadores que se sienten cómodos en todas partes, hablan el mismo idioma y comparten los mismos hoteles. Estos trabajadores globales viven y se divierten de forma muy parecida, pero necesitan más que nunca sentirse vinculados con sus raíces. Se alimentan cada día, pero cuando quieren disfrutar regresan a su casa a tomar un cocido con la familia y para comunicarse hablan la misma lengua, pero utilizan la suya para quererse y pasarlo bien con la pandilla. La felicidad la seguimos buscando en casa porque vivimos en el mundo, pero convivimos en nuestros agujeros.

Todo cambia. Están surgiendo como rayos nuevas formas de convivencia social al margen del sistema: alquilas una habitación de una casa familiar en cualquier parte del mundo sin intermediarios, o un taxi,

o viajas en el coche de una desconocida que termina siendo tu amiga para ir a la misma ciudad y compartir gastos.

Lo global también es social. Las ONG desarrollan competencias públicas de forma más transparente y eficiente que las instituciones del Estado. En la era global necesitamos confiar más en la gente y reafirmar y fortalecer las diferencias y sentimientos colectivos, porque nadie puede obligarnos a vivir o incluso a sentir de una determinada forma. ¿Por qué tengo que ser mejor juez que los demás? ¿Por qué los demás tienen que equivocarse menos que yo? (Sócrates).

En esta nueva época, los valores no se imponen por la fuerza, se consumen y digieren como hamburguesas. Pasamos del restaurante chino al cuscús, de lo ateo a lo religioso, de la literatura al partido de futbol. No hay una corriente ni una moda que suceda a otra, todas conviven simultáneamente. Hay grandes marcas, pero también pequeñas y cada día compramos más ropa usada y somos más los que nos desactivamos del consumo de marcas y, antes de comprar unas zapatillas, comprobamos que no sean producto de la explotación.

En fin, que, en gran medida, como casi siempre, todo depende de nosotros. Somos más libres, pero estamos más solos y si no buscamos la mano del otro, si

no sentimos el arraigo, si no somos conflictivos, caeremos en manos de la bestia global, de la autoexploración hasta el agotamiento y la depresión.

"¡Rebélate [...]!, me dicen; pero si les hago caso y me rebelo, los obedezco, y si obedezco, no me rebelo" (Goethe).

El mejor alcalde de Madrid

¿Quién fue Enrique Tierno?
Un profesor, un político querido y odiado. Un gran intelectual que se dedicó a la filosofía, a la sociología y al derecho. Fue el mejor alcalde de Madrid y nació un día como hoy hace cien años[2].

Me preguntan cómo era, pero ¿cómo puedo responder para que no parezca adulación? Tierno fue una persona honesta, inteligente y por tanto compleja, con sus peculiaridades. Tímido y a su manera provocador. Fue una de esas figuras patriarcales y carismáticas que destilan la cordialidad ilustrada característica del viejo sabio malicioso y amable.

En sus escritos siempre hay una preocupación por la gente, un aliento ético más allá de cualquier actitud partidista. Si sabemos que la sociedad es injusta, ¿qué

2. Enrique Tierno Galván (Madrid, 8 de febrero de 1918-Madrid, 19 de enero de 1986).

evita que remediemos esta situación? ¿Qué razones últimas evitan que la moral se realice? Esta preocupación es el "hilo conductor" de toda su obra y en gran medida también de toda su biografía: intentos de armonizar, buscar el equilibrio entre la exigencia moral de la acción (actuar es hacer política) y la tendencia a no salir de los límites de la reflexión intelectual y la facilidad teórica.

Tierno, el de la razón mecánica y la razón dialéctica, el del intento de renovación de la idea del marxismo, también fue un agitador de grupos contra la dictadura y su cátedra se convirtió en un foco de contestación y resistencia hasta que lo expulsaron. La despedida de Tierno Galván, escribe Francisco Tomás y Valiente, se produjo en Salamanca en una mañana de 1965. Cientos de alumnos se aprestaban para escuchar al prestigioso y siempre exquisitamente cortés profesor. El ambiente era tenso y, glosando unas palabras de *Hamlet*, Tierno señaló la necesidad y la dignidad de vivir y obrar como hombres y no como ratas.

Fue un trabajador infatigable. Quizá no sea una de esas figuras rompedoras, deslumbrantes, y no tenga una obra maestra, pero nos ha dejado muchas muestras de su gran talento y, algo más difícil, nos ha dejado un nuevo estilo, un pequeño y grato género de discurso, un nuevo armazón para alojar las palabras,

los bandos didáctico-lúdicos, como los definió Lázaro Carreter.

Participó, como pudo, en el proceso constituyente, y redactó junto con Raúl Morodo el elegante y noble preámbulo de una Constitución que no podía ser quimérica, ni ilustrada como las anteriores, ni tampoco un simple acuerdo de intereses entre partidos. Como escribió el 15 de septiembre de 1977, necesitábamos una Constitución espejo en la que se vieran reflejados los ciudadanos y los poderes, una Constitución práctica, eficiente, suficiente, flexible, que reflejara también los cambios.

En definitiva, necesitábamos una Constitución con autoridad social suficiente para permanecer y asegurar nuestras libertades en paz. Y así lo hicieron, porque la Constitución no tiene nada que sea trascendente, no es un dogma, al contrario, es como el agua o el oxígeno, una herramienta, no un fin; un instrumento, un pacto, un contrato social que funciona si permanece y garantiza los derechos de los ciudadanos.

La Constitución *a priori* no tiene sentido, por eso los problemas constitucionales no son tanto problemas académicos o jurídicos como de poder. Y en política no hay milagros, solo trabajo, perseverancia, voluntad, en fin, saber hacer, saber esperar y, sobre todo, confiar. Pero también es verdad que en política

hay que tener valor y determinación sin esperar que se den las condiciones ideales, porque las condiciones ideales no existen. El "consenso", por ejemplo, el acuerdo de todos o prácticamente todos, es hijo de su siglo y en este momento puede convertirse en una "condición ideal" que paralice, sin coste político, una reforma no ostentosa pero sí necesaria que pueda ser asumida por dos tercios no solo de los parlamentarios, también de los ciudadanos.

En fin, todo empezó un día de 1973 cuando un estudiante de Derecho de la Universidad de Barcelona fue a visitarlo a la calle Marqués de Cubas de Madrid, y aquí sigo. A su lado nos detuvieron y retiraron el pasaporte y a su lado me formé como profesor junto con Manolo Mella, Maite Gallego, Matilde Gurrera y Enrique Lucas. Matilde y yo somos sus últimos discípulos directos, los últimos profesores que entramos en su reducido equipo de la UAM y allí seguimos. Nos dirigió la tesis doctoral y juntos trabajamos y publicamos durante sus últimos nueve años hasta que vimos cómo *la movida* subida a las farolas lo miraba en silencio mientras la carroza fúnebre, con sus caballos negros, avanzaba elegante, muy despacio, entre una multitud conmovida hacia el cementerio de la Almudena.

Madrid se echó a la calle y pensé en el prematuro destino del maestro y sentí la influencia que ejerció

sobre todos aquellos que nos mantuvimos a su lado, y me vinieron sus palabras cuando estaba ya muy cansado: "La mejor forma de solucionar algunos problemas es darnos cuenta de que no existen". Y entendí que ante la muerte lo único que podemos hacer es cambiar la mirada. La muerte como resultado y no accidente, como un hecho científico incontrovertible. Morir sencillamente es dejar de pensar, dejar de soñar.

He aquí a Enrique Tierno, una persona que fue algo más que la función que le tocó jugar. Fue más que un profesor y más que un alcalde. Casi nunca protagonista, pero siempre estuvo en los lugares donde se decidieron los grandes temas. Entonces, ¿por qué, durante una época, ha estado bien visto desdeñarlo? Quizá su carácter distante y su ironía lo explique, pero también se explica porque todo lo hizo por libre y en España ir por libre es una fatalidad y se paga, vaya si se paga. Sanciones, censuras, silencios, procesamientos y, sobre todo, muchas dificultades económicas que le obligaron a aceptar trabajos honrados pero modestamente retribuidos (clases particulares, traducciones) y poco adecuados para un intelectual de su valía.

En fin, que nos falta cultura del reconocimiento y nos sobra de la sospecha. Pero quizá el tiempo y también los ochos gruesos volúmenes con sus obras completas estén logrando que se valore a Enrique Tierno

como lo que es: un gran intelectual y un político muy importante, leal a sus ideas y compromisos, docente en la universidad y fuera de ella, socialista que vivió solo de su trabajo, de un trabajo que quiso desarrollar contra corriente en su propio país.

Su figura y ejemplo son importantes y aquí quedan el merecido homenaje y el testimonio de mi mayor reconocimiento.

Jueces, Constitución y sentencias

El edificio democrático se vacía, amenaza ruina y sus piedras caen a nuestros pies mientras tememos a la que pueda aplastar nuestra cabeza. El final de época está a la vista y la sensación de desamparo estremece. ¿Qué pasará? Los cambios son tan grandes, tan acelerados, que las antiguas melodías ya no sirven para ordenarlos y, desorientados, vamos de un extremo a otro, dando tumbos, sin escuchar, sin contestar.

¿No lo veis? Lo público va desapareciendo y simultáneamente se reafirman las antiguas tradiciones y creencias. Todo es desmesuradamente nuevo y al mismo tiempo asoma, otra vez, el espectro de nuestra historia más siniestra, y mientras unos lo aplauden en silencio, incluso lo esperan, otros, desengañados, intuimos el peligro y desconfiamos de que nuestras ruinosas instituciones puedan seguir garantizando, como

es debido, el derecho a la libertad de expresión o a la integridad y dignidad de las mujeres.

¿Qué podemos hacer? Estamos en una situación más vulnerable de lo que parece y tenemos que encontrar un final, porque las cosas van muy mal cuando se abandonan a sí mismas, cuando no se interviene. El siglo XXI necesita urgentemente nuevas reglas. Pero no todos quieren verlo así.

Para los ilustrados, el trabajo del juez consistía en una tarea mecánica, técnica. Incluso hoy, para los juristas dogmáticos, aquellos que ponen los ojos en blanco cuando hablan del "concepto" de "ley" o de "principios", la expresión "poder judicial" les sigue sonando preocupante y, en cierta manera, continúan sosteniendo que el juez debe limitarse a la aplicación de la ley mediante procesos estrictamente lógicos.

Los hay que siguen considerando a los magistrados como "seres inanimados", casi cosas, lo que les permite mantener que es la ley y no el juez la culpable de sus fallos, errores e injusticias, y desde luego no es así. En el trabajo del juez, se reconozca o no, intervienen muchas variables y alternativas, múltiples factores, objetivos y subjetivos, muchas incertidumbres que, en cada caso, el juez tiene que despejar y decidir en buena medida como quiere. El juez piensa quién es y dónde está o no piensa nada. Piensa en su lengua, piensa en su

tradición, su presente y su desaparición, y estos contenidos están en sus sentencias y sin ellos estas resultan ininteligibles. ¿Cómo podría ser de otra forma?

La lección es clara, las sentencias también están hechas con el cuerpo y la memoria. Claro que los jueces no tienen que ser esclavos de sus sentimientos, opiniones y preferencias, que no deben hacerles caso, pero precisamente para eso deben tenerlos muy en cuenta. Claro que están sometidos, por fuerza, al imperio de la ley, que no pueden inventar o imaginar el derecho, pero desde luego no tienen más remedio que decidirlo, que elegir entre alguna de las posibilidades que les ofrecen las palabras jurídicas, unas palabras normalmente oscuras, sin dueño y cargadas de valores y realidades, unas palabras que significan mucho más de lo que dicen los diccionarios. Incluso la jurisprudencia no puede hacer presente el pasado.

¿Hemos hecho bien dejando tanto poder en manos de los jueces? No hay opción porque el trabajo del juez cobra un nuevo sentido y alcance cuando la Constitución convierte a la justicia en garantía última y efectiva de los derechos fundamentales. Cuando la libertad, la igualdad y la justicia misma constituyen un mandato constitucional expreso que el juez debe hacer real y efectivo. Desde este momento, de nada puede servirle al juez apelar a la letra de la ley, cuando se le

puede objetar que no ha respetado los derechos fundamentales de una de las partes o, incluso, los valores y principios constitucionales.

Y qué puedo decir de la tan temida judicialización de la política. ¿Se quiere decir que las cuestiones políticas no son analizables jurídicamente? Porque, si este es el fondo del reproche, no tiene ningún fundamento, dado que mediante el análisis jurídico de un acto político no se pretende sustituir por el juez lo que es competencia de los Gobiernos, sino analizar si este respeta no solo la letra de la ley, sino también los derechos fundamentales y principios constitucionales que le dan vida. Sin ninguna duda, juzgar a la Administración no implica necesariamente gobernar, ni el carácter político de un acto puede excluir el conocimiento jurídico del mismo.

En fin, que los jueces deben prepararse para usar bien los enunciados jurídicos, porque la interpretación no es más que adiestramiento previo, y la culpa de sus abusos, errores o injusticias no será siempre del sistema ni de las leyes, sino en gran medida de ellos mismos, que también son responsables individualmente. Una ley defectuosa no puede absolver al juez culpable de una sentencia manifiestamente injusta. En fin, que el juez puede hacerlo mejor, sin que para ello deban cambiarse antes todas las leyes.

Cada juez posee así la independencia y la capacidad para regular y orientar sus actuaciones, y a esta capacidad la llamamos "poder", con sus efectos y consecuencias. Pero poder cuya contrapartida es la responsabilidad del juez ante él y ante todos, responsabilidad que es la capacidad democrática por excelencia, responsabilidad en el ejercicio de sus revaluadas funciones de control. Y, ¡ojo!, porque en esta cuestión algo cojea, y sin duda es necesario eliminar con garantías esta imagen popular y no por ello falsa de lo extremadamente difícil que resulta exigir responsabilidades en aquellos casos de jueces, fiscales, jurados o abogados autores, de forma reiterada, de errores judiciales, sentencias injustas, actuaciones arbitrarias o, incluso, dejadez o falta de preparación. La discusión no debe centrarse entonces en limitar el poder del juez o simplemente negarlo, sino en mejorar y modernizar los sistemas de selección, agilizar los mecanismos de revisión de sus decisiones e implementar procedimientos efectivos para exigir responsabilidades.

¿Cómo podemos hacerlo? Conocemos bien la resistencia que hay a los cambios, pero esta vez tenemos algo de suerte, hemos entrado en un proceso de mestizaje judicial, incluso legal, que puede acelerar estas transformaciones. Los jueces europeos son más independientes que nunca frente a los demás y, en general,

creo que también frente a sí mismos, y en poco tiempo van a tener más en común entre ellos que cada uno con su pasado. Pero, atención, porque la máscara de juez imprime un plus de fuerza, una sensación de ebriedad, de arrogancia que en ocasiones aísla y delata. Por eso en esta profesión son tan importantes las neuronas espejo.

Libre-mente

¿No lo veis? Vivimos sin parar, desengañados, desorientados, preocupados. El miedo nos domina y estamos a punto de tirar la toalla y regresar al tiempo de las banderas y los magos. Pero muchos no nos conformamos, y aunque no sabemos muy bien adónde vamos, sí sabemos que podemos llegar muy lejos si el camino lo eligen el cerebro y la cultura.

Sobre todo, la corteza prefrontal, una zona plagada de detectores neuronales y redes que conforman nuestra libertad y, con ella, la facultad de perfeccionarnos. Allí descansa nuestra alma diferenciadora, nuestra *humana conditio*. Allí se fabrican nuestros pensamientos y decisiones y se realizan las acciones con objetivos. Allí escogemos los medios y los fines para ser humanos cada uno a nuestro modo.

Así es la persona y ahora lo sabemos. La libertad no cae del cielo, no es un valor absoluto, ni una

ideología, ni una promesa eternamente diferida. Mi libertad soy yo. La *liberty* es un proceso fisiológico en el que cientos de millones de neuronas conectadas y culturalmente alimentadas producen las decisiones, elecciones, equivocaciones y rectificaciones. ¿Quién puede negarlo? Es la libertad la que habla, grita y aplaude, y esta libertad psíquica que nos define es contingente, variable, muy previsible y tiene grados.

Nuestro libre albedrío depende de que dispongamos de la salud suficiente para gobernarnos a nosotros mismos, para controlar el sistema límbico, la parte más animal de nuestro cerebro, una parte situada justo debajo de nuestra corteza, que toma las decisiones emocionales, instintivas, que no decide, solo actúa, que no escucha ni respeta nada, pero condiciona nuestra percepción de los hechos hasta anular nuestra libertad si no oponemos resistencias.

Además, las neuronas para funcionar necesitan que estemos juntos, conectados. Necesitan estar en sociedad para alimentarse de los impulsos exteriores e interiores, presentes y pasados, que recibimos de la familia, la educación, los medios, etc. Un conjunto de conocimientos necesariamente plurales, en ocasiones muy tóxicos y a veces imperceptibles a la vista y al tacto, pero indispensables, insustituibles. Un conjunto

de informaciones que se acumulan, diluyen y consolidan en nuestro interior y a partir de las cuales pensamos.

No hay nada equiparable, pero cuidado, porque lo que percibimos, lo que atraviesa nuestra piel y se incrusta en nuestras neuronas, sin poder remediarlo, ni impedirlo, sin quererlo, conquista la mente, dirige nuestras decisiones y determinará nuestras vidas.

Y ahí está el problema, porque ahora la convivencia está en las redes sociales y las apariencias no engañan: en las redes el que miente, triunfa, esta es la realidad. Cuando nos conectamos, nos realizamos, incluso sentimos el mundo en nuestras manos, pero también nos desnudamos y nos hacemos más vulnerables, más previsibles, más manipulables.

Entonces, mucho cuidado con los chismes y rumores y con las informaciones falsas, porque, como hemos visto, destilan rabia y son el instrumento de los fabricantes de *fake news* para conquistarnos a través de nuestro "cerebro de reptil", la parte límbica que nos somete a las más fuertes ataduras. ¿Quién combate contra quién?

Claro que navegar por las redes es necesario y divertido porque te pierdes y te encuentras. El problema es que nuestras estructuras políticas, con sus policías y tribunales, con sus agencias de protección de datos, no pueden hacer casi nada para protegernos. No nos

engañemos, el viejo Estado se está quedando pequeño para defender nuestros derechos en la red. Somos un juguete en manos de los teléfonos espía, los altavoces y aspiradoras inteligentes y los modernos algoritmos que ocupan nuestra mente sin necesidad de tocar nuestro cuerpo.

Estamos al descubierto y no hay nadie a quien llamar para que nos ayude. De manera que no tenemos más remedio que aprender a cuidarnos nosotros mismos. Claro que tenemos que vivir conectados, pero hay que hacerlo de otra forma. De vez en cuando hay que conectarse de manera imprevisible y poner entre paréntesis las noticias recibidas, las lecciones escuchadas, los consejos pedidos y contar hasta tres antes de seguirlos. Los tuits y los rumores nos entretienen, pero no podemos tomarlos en serio ni hacerles mucho caso. No debemos creer en lo que dicen sin antes mirar arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda para no caer en la tentación.

Pero no termina ahí la cosa. Al parecer —nos dice Rafael Yuste, ideólogo del Proyecto Brain— la bioingeniería, junto con la inteligencia artificial, descubrirá el funcionamiento del cerebro y descifrará las bases físicas de la libertad. Nos alertó de que dentro de unas décadas se podrán "manipular los pensamientos, dirigir los sentimientos, alterar los recuerdos o falsear las

emociones". ¿Qué os parece? En unas décadas podrán mapear y controlar mis patrones neuronales como lo hacemos ya con el ADN. Y entonces lo celebraremos como es debido, porque podremos curar enfermedades mentales terribles y eliminar el dolor, incluso prever los comportamientos delictivos y disolverlos. Pero la ciencia no tiene voluntad, nos hace mejores, pero también nos deja sin defensas frente a las intrusiones maliciosas que podrán programar y *hackear* el funcionamiento de nuestro cerebro.

¿Y qué podemos hacer? Lo único seguro es que las antiguas melodías ya no sirven. No tenemos más remedio que fijar nuevas reglas, nuevos derechos (*freedom rights*) que protejan nuestra alma diferenciadora, la integridad psíquica de nuestra corteza, la incolumidad del funcionamiento fisiológico de la libertad.

Pero ya sabemos por experiencia que, para obstruir la puerta del infierno y dejar abierta la del paraíso, los derechos fundamentales no sirven de nada si no disponen de garantías, de instrumentos jurídicos y estructuras políticas eficaces para controlar, limitar y democratizar la fabricación y el uso de los descubrimientos científicos que lo están cambiando todo. Y este es nuestro gran problema, porque mientras los mercados y los imperios, visibles e invisibles, son globales, nuestras estructuras políticas de garantía,

nuestros Estados, son locales, y los enemigos son inmunes a ellos.

Entonces, ¿cómo podemos protegernos? La política es la única salida. La democracia es un sistema que se adapta a las circunstancias y, para defender nuestro libre albedrío, necesitamos fortalecer sus estructuras, reforzar el Estado democrático con un contrato social más global, más europeo. Nunca Europa ha sido tan necesaria para garantizar los derechos, y este es nuestro desafío, inmenso, pero también inevitable y urgente si queremos seguir siendo lo que somos: libre-mente.

Feliz aniversario

¿Qué festejamos el 6 de diciembre? Sin duda, nuestro acontecimiento político más glorioso, porque también se conmemoran momentos tristes y se recuerdan derrotas. En este caso celebramos la restauración de la democracia mediante la aprobación de la Constitución, que por fuerza está un poco gastada, pero a la que le rendimos culto por los grandes servicios prestados.

¿Qué es pues la Constitución? Desde luego no es el fin, no tiene nada que sea trascendente. La Constitución es una herramienta. ¿Hay que recordarlo? Es un producto nuestro, incluso demasiado nuestro, parcial, imperfecto, caprichoso, interesado, que envejece como cualquier otra materia. Es un contrato social con un montón de cláusulas, enunciados y palabras que ordenan una comunidad estableciendo quién puede ejercer el poder y en qué condiciones, cómo se hacen las leyes y cuáles son nuestros

derechos. Y, como todo contrato, resulta más difícil reformarlo que aprobarlo.

Además, en la Constitución nada puede darse por sentado porque sus palabras también son apariencia, aproximación, juego y nunca son inofensivas, siempre esconden intenciones. No tenemos otra forma de hacer las cosas. Los enunciados de la Constitución también son una máscara y no son nada hasta que se aplican.

Pero, por muy enciclopédica que sea la Constitución, es muda, necesita que alguien hable por ella, y ahí está el problema porque, cuando hablamos, cuando interpretamos, lo hacemos con nuestro cerebro y por tanto a partir de prejuicios, ideologías e intereses que fácilmente pueden hacer decir a la Constitución lo contrario de lo que nos propusimos que dijera.

Entonces, ¿quién manda? Sin duda aquellos que dan voz a las palabras, aquellos que disponen de los medios para dominarlas, eso es todo, porque una misma palabra cambia de sentido de acuerdo con la fuerza que se apodera de ella, y, claro, ahora que regresa el runrún autoritario y espiritual, si no fabricamos resistencias y desvelamos sus intenciones, estamos perdidos, y ya vamos un poco contra corriente.

Pero ¿cómo íbamos a imaginar que las palabras fundamentales correrían tanto peligro? Solo hay que

ver cómo se están transformando conceptos como democracia, Constitución, libertad, federalismo, etc. Y qué me decís del término "seguridad", bajo el que se han logrado los mayores avances en derechos y libertades, y ahora se utiliza para justificar desproporcionadas e insólitas restricciones y sanciones.

No es esto. La seguridad no se logra automáticamente cuando se aprueba la Constitución, cuando se crea un determinado orden con sus instituciones y procedimientos. Qué fácil sería. Las dictaduras proporcionan siempre orden, incluso certeza, pero también temor y mucha inseguridad. ¿Cómo podemos olvidarlo?

En cambio, en democracia, el derecho a la seguridad consiste en vivir con el convencimiento de que el orden constitucional garantiza efectivamente las exigencias humanas de libertad, igualdad, justicia, solidaridad, etc., vivir con la tranquilidad, con la convicción de que nuestros derechos están protegidos frente a los demás y frente a los más fuertes.

Seguridad, entonces, no solamente por el orden instaurado, sino por el resultado alcanzado, por la certeza de que podemos expresarnos sin temor a ser censurados o incluso sancionados por una canción de mal gusto, que podemos manifestarnos sin temor a ser castigados con desproporcionadas e intimidatorias

multas y que podemos pasear de madrugada por la plaza Mayor sin temor a ser asaltados o detenidos, y cuando pasa, conocemos el camino para encontrar protección.

Otras palabras, sin embargo, no cambian, simplemente se vacían hasta no decir nada. Las repetimos, pero sin convicción, y como el eco, se van desvaneciendo hasta que no significan nada. "Federalismo", por ejemplo, ¿acaso es una posición que puede realizarse o se dice porque no se sabe qué otra cosa decir, como un gesto, una pose que ni se siente en la piel ni acelera los latidos del corazón? De lo que no tengo duda es de que la palabra "federalismo" se ha convertido en un trasto, en una carga que por sí sola divide y frena cualquier acuerdo. Además, es una palabra que nace del recuerdo y nuestra experiencia federal no es precisamente ejemplar.

Quizá se quiera utilizar como un inapelable argumento técnico, la técnica como única verdad, pero jurídicamente el federalismo también se ha vaciado y, si no, que me expliquen cómo se autentifica un sistema federal y con qué criterios: origen, competencias, un Senado… Y quién firma el certificado. En fin, ¿qué es lo que lo hace único? ¿Qué le falta a nuestra autonomía para ser digna de su nombre?

Admitámoslo, el federalismo como modelo ya no supone una diferencia. ¿Dónde quedan las viejas

relaciones entre los Estados basadas en la idea de soberanía? Solo veo federalismos centralizados y cooperativos con fórmulas para compartir responsabilidades entre los niveles estatal y federal, y con base en la teoría de las relaciones intergubernamentales, que insiste en la idea de relación antes que en la de conflicto para decidir qué Gobierno hará frente a cada una de las demandas ciudadanas y quién va a financiarlas. ¿Acaso no es esto lo que estamos discutiendo aquí? En fin, que la confrontación entre federalismo y autonomía no se sostiene, son conceptos que no tienen un significado más allá del ordenamiento que los utiliza y concretarlos es la tarea política de cada uno de ellos.

Y, ¿cómo no?, también se está trivializando la libertad. Cuando la Constitución dice "libertad", no se está refiriendo a la libertad formal sin efectos ni consecuencias, sino a la libertad en concreto, la libertad de elegir, de equivocarse, a la libertad como autonomía personal, como la capacidad para poder decir "no", porque defendemos los derechos humanos para realizarnos, pero también para defendernos y resistir.

"¿Y los deberes?", me preguntan los escépticos. "Respetar tus derechos es mi deber", les contesto. Cuando decimos "derechos" también estamos diciendo

"deberes", "obligaciones", "restricciones", "límites". Que no se preocupen, no puede haber derechos sin deberes, pero, ¡ojo!, tampoco debe haber deberes sin derechos.

Pues bien, los derechos/deberes son la finalidad de la Constitución, y con esto sería suficiente si no fuera porque es muda y hay que leerla para aplicarla y los encargados de hacerlo están fracasando. Estamos metidos en una época de decadencia política donde las instituciones, los poderes, el propio Estado y por supuesto la universidad, tal como eran, están desapareciendo. Existen, pero han perdido el poder y ha empezado su descomposición. ¿No veis cómo se están hinchando? Han perdido la vida, aunque seguirán existiendo durante décadas, y el que no lo vea es porque no se atreve a mirarlos.

Unión Europea

¿Quién tiene el poder y quién puede ejercerlo? ¿Quién manda y quién manda mandar? Esa es la cuestión.

En las antiguas sociedades, el jefe se imponía por la fuerza y con la fuerza se mantenía, porque en esto consiste el poder político, en poseer la máquina de emitir órdenes y hacerlas cumplir a la fuerza. Pero a medida que los grupos sociales se hacen más amplios y complejos, este poder efímero del príncipe es insuficiente para asegurar su gobierno. Y como la necesidad lo determina todo, hace 500 años, Maquiavelo, como cualquier científico, ideó un cambio: en lugar de que el poder político fuera propiedad de la persona física, creó un nuevo soporte, un nuevo dueño del caballo y la espada, un titular del poder más estable y duradero, y lo llamó Estado.

Menudo invento, ¿no os parece? Por arte de magia, Maquiavelo transforma una palabra en un organismo

con vida propia, con su razón, "la razón de Estado". Convierte algo inmaterial, una ficción, en el nuevo propietario del poder y a los príncipes y reyes en los agentes temporales que lo gestionan, pero ya no lo poseen. Y así hasta hoy, porque todo lo que empieza tarde o temprano termina y, aunque a menudo nos obligan a caminar en dirección contraria, guste o no el Estado nación, la patria, con su soberanía, fronteras y poblaciones, ha entrado en un proceso de fragilidad imparable.

¿De qué sirven nuestros tribunales frente a los grandes estafadores de impuestos o frente a un mercado sin intermediarios que fabrica la realidad a su gusto? ¿De qué sirven las fortalezas legales ante el masivo movimiento y tráfico de personas? Más de un millón de africanos, obligados a venir como esclavos, murieron en barcos negreros encadenados en asfixiantes bodegas. Dos siglos después, más de un millón de africanos mueren en barcos de juguete frente a nuestras costas porque no los dejamos entrar. Y los modernos tiranos se ríen, fanfarronean y dan voces (la copa vacía siempre hace más ruido que la llena) mientras que los buenos dirigentes agachan la cabeza contra el pecho porque saben que estos desafíos ya no se solucionan descolgando el teléfono y llamando a la autoridad competente, saben que, por muy altas que

construyan las murallas, los combates son demasiado grandes, demasiado mundiales para un solo país.

Pero ¿adónde ir? Porque habrá que ir a alguna parte, y aunque la historia se repite, nunca lo hace al mismo nivel y no tenemos el libro de instrucciones que nos enseñe a manejar el futuro. Es probable que esta vez la alternativa al Estado no emerja de una filosofía total, revolucionaria, sino como respuesta a un elemental y cambiante inventario de necesidades e intereses sociales. Y, claro, para ello hay que unir y no separar.

Este es el objetivo de la Unión Europea, un lugar donde todo se discute hasta el delirio precisamente para concertar, que no es solo acordar sino aproximar y armonizar para seguir acordando. En fin, que, sin buscarlo, por necesidad, estamos inventando una buena fórmula política para unir voluntades, para crear lazos entre vecinos, para domesticarnos y así evitar que sigamos destrozándonos, porque de eso se trata.

Quizá, y a pesar de todos nuestros miedos y dudas, estamos construyendo el sistema operativo político del siglo XXI, un nuevo soporte del poder político, un nuevo leviatán compuesto y dependiente, frágil, dúctil y por ello resistente, seguramente más listo y necesariamente más eficiente. Que estamos construyendo una confederación de Estados democráticos, un sistema de

gobierno para el siglo XXI. Y cuando digo "confederación", no quiero decir un sistema político integrado. Al contrario, estoy hablando de un sistema compuesto de unidades y las unidades son contables, lo suficientemente distintas para ser muchas. La confederación democrática de Estados europeos no implica integración, no es una suma, en la confederación hay enlace y función más que adición y fusión, está compuesta de miembros más que de partes.

¿Quién lo sabe? Pero esta confederación europea de Estados de derecho puede convertirse en el futuro en un instrumento de gobernanza democrática para el siglo XXI, un instrumento, un soporte del poder social como lo fue en su tiempo la monarquía absoluta o el Estado liberal, un novedoso sistema que no necesita generar entusiasmos, cuya bandera no hechiza a nadie y cuyo himno es una bella sinfonía, no una marcha. La confederación democrática de Estados europeos no está hecha de sentimientos, no nace del recuerdo del Holocausto ni se fortalece con homenajes a sus víctimas. No necesita crear un espacio uniforme sobre los dirigentes; al revés, cuanta más Unión Europea, más pensamos y sentimos nuestra aldea.

Y este nuevo sistema confederal compuesto de instituciones estatales y comunitarias con muchas sedes gobernadas en base al principio de subsidiaridad

no va a ser nuestra nueva patria y no será nuestro nuevo Estado. Al contrario, es la Unión Europea la que da una nueva vida a los Estados, que ganan tamaño y ceden poder para seguir existiendo: económicamente (Grecia, Italia, España) y puede que también democráticamente (Polonia, Hungría… Austria).

Pero no nos confundamos, una cosa es la Unión Europea y otra su gestión. La Unión Europea, como todos los sistemas políticos, es un artificio, no un fin, es un instrumento, un invento para impedir que la sangre llegue al río, no tiene voluntad, simplemente es el soporte de un poder que ejercen los gobernantes elegidos y ellos son los responsables de que el invento no se convierta en un juguete o en una monstruosidad.

¿No debería esto perturbarnos? Porque el virus de la codicia y de la estupidez también está contagiando a la política. Muy raro es el gobernante que no tenga a su maestro de baile como su principal asesor y que, al levantarse, antes de ver la luz, no consulte su cotización en votos y se peine en consecuencia.

Además, todo es muy dúctil, muy transversal. Ya no están a un lado los defensores de la democracia y al otro los dictadores legitimados por la fuerza de las armas. Ahora los dirigentes demócratas, los oligarcas y los tiranos conviven en los mismos Gobiernos, comen en la misma mesa y duermen en la misma cama,

y cada uno domina el escenario en distinto grado según el lugar y el momento. Y, claro, esto no es nada tranquilizador.

Mirad hacia Oriente y al otro lado, mirad a algunos de nuestros vecinos y comprobaréis lo que estoy diciendo. Muchos gobernantes defienden la democracia de manera compatible con cualquier forma de autoritarismo y ello supone una impostura terrible, puesto que así la democracia se convierte en un sistema que ayuda a perpetuar los abusos proclamando que estos han sido abolidos.

En fin, que el problema no es la Unión Europea, el problema son los que elegimos para gestionarla. Y hay que acertar, porque en ningún sitio está escrito que esto tenga que salir bien.

¿Quiénes somos?

Somos la "palabra", respondió Kant. Los animales tienen voz para expresar el gusto y el dis-gusto, pero nosotros tenemos la "palabra" para decir lo que pensamos y sentimos y definir lo justo y lo injusto. La mente lo determina todo. Hablamos con el cerebro y hablamos porque para vivir necesitamos con-vivir y convivir es competir, es estar en grupo y hacer muchos amigos y pocos enemigos. No lo dudéis, el poder creador de la palabra significa mucho más en nuestro subconsciente que en nuestros diccionarios.

Cuando pronuncio la palabra futuro, la primera sílaba pertenece ya al pasado. Cuando pronuncio la palabra silencio, lo destruyo. Cuando pronuncio la palabra nada, creo algo que no cabe en ninguna existencia (Szymborska).

Así es; la palabra es una máscara y nunca es inofensiva. Cuando te dicen "maligno" o "culpable", te cambia la vida. Su sentido nunca es limpio ni recto y siempre es apariencia y juego. Por eso su enemigo y el nuestro es la rigidez que la transforma en algo vulgar, en un instrumento de dominación, en un catecismo, y las palabras no tienen nada trascendente, únicamente están relacionadas con el interés.

Hay palabras rígidas sin fecha de nacimiento y por lo tanto no envejecen, no cambian, su sentido es fijo, único, y así fácilmente se convierte en un trasto para distraer nuestra atención. La rigidez vacía de sentido a la palabra y la transforma en una pose. La fijeza del lenguaje nos engaña.

Palabras como "perdón", "arrepentimiento", "democracia" o "Constitución" las estamos perdiendo a fuerza de repetirlas de forma rígida, uniformada como la información monocorde sobre casos de corrupción, que disuelve esta palabra al mezclar los casos grandes con los pequeños.

En cambio, la palabra flexible, abierta, cambiante es un proceso. La palabra velada, misteriosa oculta algo que hace que su poder de descripción, su significado, sea infinitamente mayor que el que aparece en los diccionarios porque su secreto no consiste en lo que dice, sino en lo que constantemente nos sigue diciendo.

Podemos escribir las mismas palabras, incluso en el mismo orden, pero la música que desprenden nunca es la misma. Podemos copiarlas, pero no repetirla, porque las piezas del puzle van cogiendo otras formas y sonidos y el resultado es otra cosa y es así porque las palabras son mudas, no hablan por sí mismas, siempre necesitan ser interpretadas, descritas por alguien, y sabemos que inevitablemente se llega a ello también a partir de pre-juicios, ideologías… En fin, que el significado de una palabra también nace de los recuerdos, que es lo único que tenemos completo del pasado.

¿Qué duda cabe? Toda palabra, toda interpretación, sea del Gobierno o de un juez, tiene intención, porque la palabra, la literatura, el derecho hunden sus raíces en la geografía y en la historia, son carne y sangre, paisaje, comida y vino, no hay otra forma de hacer las cosas.

Uno de los personajes de *A través del espejo* le dice a Alicia: "Cuando yo uso una palabra, quiere decir exactamente lo que yo decido que diga, ni más ni menos", y Alicia le responde: "La cuestión es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes" y, sin dudarlo, este le contesta: "La cuestión es quién manda; con eso, hay bastante".

"Solidaridad", por ejemplo, ha sustituido a palabras como "piedad" o "caridad" y las ha enriquecido.

Cuando la escuchamos, nos vienen las imágenes de la pobreza en el mundo con una proximidad y cercanía que no podíamos imaginar.

En cambio, el lenguaje rígido es un lenguaje impuesto, formal, que puede convertir una palabra como "trasparencia" en un fraude, en un engaño. Como la luz excesiva que deslumbra, palabras como "trasparencia" o "corrupción" están perdiendo su fuerza, su significado, al repetirlas desordenadamente, sin matiz, sin ponderación. Las informaciones sobre casos de corrupción se acumulan y yuxtaponen para cegarnos. Se amontonan como si fueran trastos y el resultado es que las pequeñas corrupciones tapan a las más grandes.

Claro que todos somos iguales, que todas las corrupciones y corruptelas son condenables, pero también es verdad que no somos lo mismo y que la corrupción de los poderosos, la corrupción importante, es la más dañina, es peor.

Identidades

Y ahora, ¿qué?

Nuestro estado de bienestar, con su burocracia, con su tecnocracia intervencionista, ha entrado en un proceso de decadencia lenta pero implacable, un proceso profundo y global de agotamiento de un modelo de democracia que está resultando ineficiente por insuficiente.

Incluso ha regresado el virus de la autodestrucción. Un virus que estimula a las fuerzas contrarias para que actúen sobre un mismo cuerpo hasta la muerte. Mirad lo que nos está pasando y veréis su poder destructor.

En fin, la tormenta está servida porque el tiempo es implacable y lo envejece todo. En otras palabras, que las cosas siempre tienden a ir mal si se abandonan a sí mismas, si no se interviene, si no se cambia.

Pero nos han enseñado a vivir esperanzados y pensamos que la bondad de nuestro invento democrático

es tan evidente que no puede fracasar. Nos han educado para ser felices y creer que la democracia no tiene alternativa, que no puede desaparecer, que estamos en el mejor de los sistemas y que solo necesitamos un golpe de suerte, un cambio de ciclo. Mientras tanto, algo muy importante se nos está escapando.

La democracia está perdiendo la capacidad de seducción y entusiasmo que es la base de su poder. La misma palabra que ha proporcionado dignidad y prosperidad al ciudadano, que ha sido la garantía de nuestros derechos, a fuerza de repetir sus bondades sin fundamento se está convirtiendo en un término vacío.

El Estado social de derecho, con su Ejecutivo fuerte, con su Policía y sus tribunales, se ha quedado pequeño frente a un libre mercado apátrida que ha convertido a los Gobiernos democráticos en sus agentes endeudados. Estamos viviendo en democracias "bonsái", bonitas pero recortadas y pequeñas, formales pero inservibles como un holograma.

Quizás pensáis que el derecho podría ser, de nuevo, nuestro aliado. Siento decepcionaros, el derecho también está desertando de su misión. La teoría del derecho, como la democracia, está dando muestras preocupantes de falta de efectividad y está siendo sustituida por productos académicos superficiales de estilo rebuscado y pedante, en fin, por recopilatorios y

recitales de palabras repletas de una descomunal vanidad inservible que casi nadie se cree y que pocas veces se aplica.

El derecho, nuestra conquista, nuestro seguro contra la arbitrariedad, también se ha convertido en un objeto de consumo. Las leyes no se hacen con la intención de que se apliquen, se anuncian para calmar los ánimos, distraer la atención, buscar votos o desarticular protestas. Y cuando la ley es confusa, contradictoria e incluso arbitraria, no puede sorprendernos que los jueces destronen a los legisladores.

Nos dicen que todo se soluciona con otras mayorías. No nos engañemos. Las cosas se pueden y se deben hacer mejor con los mismos medios y en la misma crisis, y por eso exigimos responsabilidades a los actores. Pero la decadencia del sistema es más profunda, es una crisis de las estructuras, de las instituciones de gobierno, judiciales y parlamentarias. ¿No os dais cuenta? Ya no elegimos a nuestros representantes, ni nos comprometemos, simplemente optamos, "me gusta".

Solo hay que ver cómo se vacía, cómo se deshace nuestra intimidad y con ella nuestra identidad, nuestra personalidad, nuestro carácter. Esa esfera privada en la que nadie puede entrar sin consentimiento. Ese

territorio que nos reservamos para poder ser individual y socialmente diferentes y lo suficientemente fuertes para no perdernos en un mundo en el que todos somos iguales, pero no lo mismo.

Claro que sabemos que no podemos vivir aislados, que no es suficiente tener un "señor Wilson". Que necesitamos el roce, convivir, compartir y sentirnos a gusto en grupos diferentes. Pero también sabemos que somos especiales y que necesitamos mantenernos diferenciados para tener conciencia de nosotros mismos, para proteger este 0,1% que me hace individual y socialmente único. Con una personalidad propia que me hace persona.

Pero, ¡ay!, mi intimidad, mi personalidad, mi carácter tienen un precio. Cuando nos conectamos "voluntariamente", el capital aumenta mientras nosotros nos desnudamos como personas y como sociedades. Y sin intimidad, nuestra personalidad, nuestra identidad individual y de grupo desaparece.

Valemos según sea nuestro historial de datos y el mercado, para crecer, necesita revelarlos y acumularlos hasta vaciarnos. Necesita saber lo que hago y lo que pienso. Saber antes que yo el color de la camisa que voy a comprar o el resultado de mis análisis. Hasta los latidos de mi corazón tienen su tarifa. Incluso se compra el futuro, mi futuro.

Ya no es el Estado el que nos prohíbe hablar y nos pincha los teléfonos, ahora es el mercado el que nos obliga a hablar y escribir permanentemente para poder tener amigos. Si no te conectas, si no te muestras, no existes. Nos dicen, con mirada huidiza y gesto vanidoso: "Esta es la libertad que te ofrecemos, o la coges o la dejas". Conéctate o aíslate, conéctate o córtate un brazo. Tú mismo.

Así es, estamos viviendo el precario momento del fin de un régimen y el comienzo de otro y nos toca demostrar de nuevo que la democracia no es la causa de los males, que no tiene nada trascendente, que no es un fin en sí mismo; que la democracia es una estructura fruto de conquistas parciales, mejoras y rectificaciones. Sin duda, el mejor mecanismo inventado para defender nuestros derechos, pero que necesita ser afinado y transformado constantemente, porque, si no avanza, desaparece.

Nos toca idear nuevos entusiasmos para construir una nueva democracia más igualitaria, más eficiente, más fuerte y menos ruidosa. Una democracia que se una a otras para recuperar y garantizar nuestras libertades y con ellas nuestras identidades, que es el recipiente donde se almacenan nuestros secretos. Si lo rompen, todos nos convertiremos en lo mismo.

Necesitamos no solo un Gobierno democrático, sino grupos de Estados democráticos, confederaciones (no es la luz la que nos atrae a Europa, sino la sombra la que nos empuja) con legitimidad y poder social suficiente para imponer el derecho a un mercado que se apropia de la palabra "igualdad" para hacernos idénticos.

Este es el modelo alternativo a la democracia representativa, Estados democráticos de derecho que trabajen en grupos para ser más eficientes, más globales, con nuevos y modernos instrumentos de participación y gobierno que puedan controlar a nuestro principal adversario, que ya no es el Estado, sino el mercado. Necesitamos contener al poderosísimo capital internacional, el único poder que continúa siendo privilegio de una oligarquía hereditaria que hace trampas para no pagar impuestos.

Un Estado democrático de derecho que trabaje unido a otros para que McDonald's no se coma la tortilla de patatas, ni IKEA a nuestros carpinteros. Que asegure la realización efectiva de la libertad y la igualdad sin uniformidad. En fin, como decía E. Tierno, un Estado democrático de derecho que humanice el bienestar.

Derechos humanos

Creo en muy pocas cosas, pero cada día creo más en mis derechos y libertades. Unos derechos humanos (suponiendo que algún derecho no lo sea) que no han caído del cielo ni se han dado todos de una vez, más bien son fruto de conquistas parciales logradas siempre cuesta arriba, frente a la pendiente.

Nacen al inicio de la Edad Moderna y se convierten en uno de los indicadores principales del progreso histórico y núcleo de legitimidad de los sistemas democráticos. Derechos y exigencias que, desde su formación inicial como instrumento para limitar el poder absoluto, siguen un proceso que permanece abierto de perfeccionamiento de su contenido y necesariamente también de las instituciones y técnicas que posibilitan su realización efectiva, lo que conocemos con el término "garantías".

Qué duda cabe de que el pasado, para la mayoría, no fue mejor, que se ha avanzado, pero el hecho de

haber mejorado no elimina la necesidad de mejorar, de continuar interviniendo para arreglar los desperfectos y enfrentarnos a las amenazas de unos cambios que desbordan las estructuras políticas y económicas de nuestras democracias.

Es reconocido por todos que la economía mundial está creciendo a pasos espectaculares pero desordenados, desiguales e injustos, de tal forma que en las últimas décadas una parte de la humanidad ha mejorado su nivel de vida, pero otra ha empeorado y cientos de millones de personas viven en la más absoluta pobreza. Añadamos a esto las consecuencias humanas de las nuevas formas de guerra que proliferan en el mundo y es fácil imaginar la altura y dificultad de los obstáculos que tenemos que superar lentamente y con esfuerzo, grandes cuestas que están reclamando urgentemente nuevos vehículos para salvarlas.

Uno de estos peligros, no sé si el mayor, es la trivialización de los derechos humanos, es decir, el uso abusivo de estos para legitimar las peores opciones políticas.

Al fracasar los sistemas totalitarios del pasado siglo, la democracia adquirió una popularidad más o menos universal. De pronto, todo el mundo descubrió las bondades del Estado de derecho y comenzó la defensa más ruidosa que efectiva de los

derechos humanos ¿Quién se atreve a declararse antidemócrata? Los derechos humanos se han convertido en la ideología global, no son solo occidentales, no conocen fronteras y su expansión no tiene límites. Pero ello no es nada tranquilizador porque los mayores dictadores, los más crueles autócratas, se han convertido en sus máximos defensores y así los derechos se banalizan.

La realidad se disfraza, ya no están a un lado los defensores de los derechos fundamentales y al otro los dictadores legitimados por la fuerza de las armas. Se está perdiendo la claridad y se acentúa la inseguridad ¿Quién es quién? Están cayendo los antiguos ídolos y los derechos (humanos, demasiado humanos) se proclaman a menudo y se defienden troceados, se infringen unos y se olvidan otros. Se discute si son sociales o individuales, si son de primera, de segunda o tercera generación, se discute mucho sobre su teoría y se trabaja poco en favor de su realización, defendiéndolos muchas veces y en muchos lugares de manera compatible con cualquier forma de explotación y servidumbre.

Claro que los derechos humanos también poseen una esencial dimensión retórica necesaria para divulgarlos y justificarlos, en definitiva, para lograr su aceptación social. Pero esta dimensión

ideológica no puede anular ni condicionar su naturaleza práctica y positiva.

La trivialización de los derechos humanos se produce cuando se da un exceso de retórica sentimental que anula su naturaleza racional, práctica, positiva, jurídica, transformando los derechos en principios morales, máximas o consignas, catálogos o mandamientos sin poder de vinculación, con una efectividad exclusivamente ideológica en manos de aquellos a los que la democracia siempre ha combatido; aquellos que usan estos derechos como instrumento para conquistar el poder, alejándolos de su finalidad esencial: el respeto y realización de la autonomía personal y a la libertad; y ello es una impostura terrible, puesto que así el papel de los derechos humanos cambia y se convierte entonces en un sistema que ayuda a perpetuar las relaciones de subordinación y los abusos, proclamando que estos han sido abolidos. Se transforman así las declaraciones de derechos en una ideología falaz y sofisticada, en una vacuidad verbal que justifica el pillaje con amorosas palabras.

A ese proceso de banalización, de desfiguración, de falseamiento es a lo que nos estamos enfrentando en el siglo XXI. El siglo de las apariencias, de la imagen, de la seducción, donde las máscaras y

el maquillaje lo son todo, y por fuerza la única respuesta, el único remedio es dedicarnos y esforzarnos en desenmascarar a todos aquellos dirigentes y sistemas que usan las libertades públicas como un disfraz para ocultar lo inaceptable.

Durante los años ochenta y noventa hubo movimientos en todo el mundo para sustituir a los Gobiernos autoritarios o a los regímenes de partidos únicos por sistemas pluralistas. En África, en Asia, en América Latina, en Europa Oriental se avanzó mucho y se logró introducir regímenes constitucionales después de transiciones más o menos pacíficas y elecciones democráticas. Pero, desde entonces, en muchos países las leyes electorales se han trasformado en formales para favorecer a una permanente oligarquía. En muchos Estados, el grupo dominante acapara el control democrático y monopoliza el acceso a los medios y a los fondos. Otros inician reformas para perpetuarse en el poder o gobiernan en colaboración con grupos armados que imponen el terror legal.

Podemos decir que en los países a los que me estoy refiriendo está surgiendo una nueva forma de autoritarismo, el autoritarismo electoral, que utiliza las elecciones solo como disfraz para ocultar incluso el genocidio, con fuerzas descontroladas,

mafias económicas y criminales y especuladores financieros que usan la democracia como instrumento para realizar más eficazmente sus fechorías, que abusan de la libertad para perpetuar sus crímenes.

Ante esta instrumentalización de los derechos y del Estado democrático, la legitimidad electiva de origen, la autoridad, la competencia ya no son suficiente para justificar la actuación del poder político o para calificar a un Estado como democrático, hay que exigir el cumplimiento de otros mínimos requisitos y estándares. Es imprescindible exigir también la legitimidad de ejercicio, legitimidad que exige dar razón de cada una de las actuaciones y no solo razones jurídicas o de oportunidad. Es necesario que los Gobiernos se justifiquen ante los ciudadanos y ante la comunidad internacional, demostrando que van en el buen camino, respondiendo a sus objeciones y reclamaciones, y demostrando que sus instituciones y actuaciones son objetivas, razonables y no arbitrarias, caprichosas o incluso criminales; que son, en definitiva, democráticas.

No es suficiente un Parlamento y elecciones para calificar al poder político como democrático. La democracia debe explicar y justificar cada una de sus actuaciones como la mejor. Debe apoyarse en

la idea de ciudadanía y no amparar sus decisiones en un lenguaje artificialmente complejo y oscuro, diciendo las cosas de esa manera, frecuente en el mundo jurídico, lleno de ruido y oscuridad que esconde mercancías de poco valor.

Debemos alegrarnos, por tanto, de la atención y publicidad que tiene hoy la política. La globalización de las noticias (a pesar del riesgo de deformación) permite el conocimiento, la valoración y la crítica de las decisiones de los gobernantes de cualquier Estado, dificultando la impunidad y fomentando la necesidad de que estas decisiones estén cada vez más justificadas, más explicadas, para evitar la reacción del público, la reacción internacional frente a la decisión equivocada, injusta o arbitraria. Atención que demuestra las grandes esperanzas depositadas en el futuro, pero también que ya no puede atribuirse únicamente a los políticos y a los Estados la valoración de su trabajo, que hay que sustituir la fe en la autoridad y en la soberanía por la exigencia de que el poder demuestre en cada una de sus actuaciones ante la ciudadanía y la comunidad internacional su corrección y justicia.

El poder democrático necesita elecciones, pero también transparencia, participación y justificación. Es necesario que el poder político sea justo y

lo haga bien, pero también es necesario que se vea que lo es y cómo lo hace, sin retóricas triviales o vulgares que solo buscan mover el sentimiento y ocultar la verdad. Así se combaten la simulación y la trivialización que permiten que los derechos humanos, esos enunciados normativos que sirven para proteger de una forma reforzada nuestras más esenciales categorías, nuestra personalidad, nuestro carácter, sean compatibles con cualquier forma de servidumbre.

En fin, que hemos resuelto muchos conflictos y amenazas, pero no hemos encontrado el bálsamo milagroso que evite los nuevos. No se discute la bondad de la universalización de la democracia y los derechos humanos, que es el compromiso más noble que la modernidad ha contraído consigo misma; no se plantea si hay una alternativa, sino cómo dentro de esa globalización podemos resolver los problemas, cómo podemos avanzar y subir las cuestas que se nos presentan, cómo podemos garantizar las conquistas democráticas en el casino global.

Derecho a la cultura

Cuando el lenguaje totalitario se pone de moda y los movimientos espirituales triunfan, cuando el que más sufre no es el malvado, los que no queremos conquistar el cielo y carecemos de creencias para levantar patíbulos necesitamos seguir defendiendo más que nunca nuestras prosaicas libertades.

¿Quiénes somos? Seres determinados por la naturaleza y la cultura. Es verdad que todos los animales somos muy parecidos, que descendemos de la misma célula, pero el azar eligió un determinado "gen cultural" que permitió la evolución del cerebro, de la materia gris, de esa capa superficial que contiene unas neuronas que necesitan la cultura como el alimento para ponerse en funcionamiento.

No debemos engañarnos, los animales no pueden razonar, ni planificar, no lo necesitan para sobrevivir, no son libres. El instinto es su motor, no el

pensamiento. En cambio, nosotros, para vivir necesitamos interpretar el mundo y controlarlo para enfrentarnos a una naturaleza hostil frente a la que somos muy poco competitivos.

No hay más remedio, para sobrevivir en las montañas tenemos que crear, tenemos que inventar y también crear nuevos mitos, leyendas, jerarquías y, para ello, nuestro poderoso cerebro necesita alimentarse constantemente de información, mentiras, realidades y descubrimientos. Esta es nuestra condición humana.

Decía Cicerón que la cultura es el alimento del alma. Es verdad. "Cultura" es una palabra ligada a cultivo y a comunidad. Dicen que es el conjunto de conocimientos, modos de vida, costumbres, artes y ciencias que el tiempo añade y consolida. Pero la cultura es objeto, no sujeto, es un resultado que viene definido por su función y no por su contenido, compuesto de multitud de soportes y creaciones cambiantes, plurales y la mayoría perecederas. A la cultura no la definen ni el color, ni la belleza, ni la verdad, ni se puede reducir a la establecida oficialmente por los entendidos, al producto exclusivo de un artista/genio al servicio de los dignatarios de las iglesias, del poder o de un público adinerado e instruido; también es cultura la inventada para manipular, para controlar y para distraer.

De qué vale entonces preguntarse qué es o cuál es su contenido cuando lo que necesitamos saber es para qué sirve, cuál es su función, su esencia, aquello que permanece constante en todas sus manifestaciones, desde las matemáticas hasta la hamburguesa.

La función de la cultura, su misión, es alimentar nuestras neuronas con pequeñas y grandes creaciones y con insignificantes y grandiosas informaciones, con saberes y conocimientos en ocasiones imperceptibles a la vista y al tacto, pero indispensables, insustituibles e irreemplazables. No hay nada equivalente. Lo que percibimos y asimilamos conquista la mente y determina nuestro carácter, personalidad e identidad. Por eso la cultura no tiene precio, porque cumple una función esencial, nos permite pensar y su supresión implicaría la desaparición de aquello a lo que sirve y por eso es tan querida y perseguida, tan monopolizada y controlada, tan deseada y censurada, tan prohibida. Y si la cultura es tan esencial, tan básica para nuestra vida consciente, tenemos la obligación de protegerla y asegurarla de la forma más eficiente mediante el derecho, otro soporte cultural que hacemos y deshacemos nosotros, otro producto parcial, imperfecto, caprichoso y siempre interesado que debe cambiar porque sus palabras envejecen y se desgastan como cualquier otra materia.

Derecho a la cultura, derecho a crear el alimento y a consumirlo, derecho a producirlo y derecho a consumirlo o, lo que es lo mismo: derecho de autor y derecho de acceso. Un solo derecho con dos dimensiones inseparables pero que no se confunden. Libertad para crear, para cultivar y libertad para cultivarse con lo creado.

No obstante, la preocupación de los juristas por la cultura ha sido tardía y desigual. En general, los bienes culturales son considerados especiales pero privados, con facultades de contenido patrimonial para proteger la explotación económica de las obras y personales e intelectuales para defender la paternidad de las mismas. La cultura como una propiedad intelectual considerada por encima del derecho a consumirla, del derecho de acceso que actualmente no se reconoce como derecho fundamental.

La libertad para acceder, para alimentar nuestras neuronas, para gozar de bienes culturales se regula en la Constitución tan solo como un mandato a los poderes públicos para que limiten, promuevan y tutelen el camino hacia la cultura en beneficio del interés general.

Así pues, el esencial derecho de acceso a la cultura que tanto contribuye a apagar hogueras sociales actualmente no está considerado como un derecho

esencial y puede restringirse caprichosamente por la Administración o custodiar su contenido en zoológicos culturales en los que todo está artificialmente amontonado para que miles de personas puedan pasar el rato mirando lo mismo, en el mismo sitio, a trocitos, pensando en la paella.

Pero la belleza, el bien y la verdad tienen muchas caras y muy repartidas y nuestra tecnología ya permite que la cultura pase de los monasterios y museos a nuestras casas para que cada uno pueda consumir y aprender lo que prefiera sin pagar cantidades desproporcionadas ni pedir permisos. La tecnología ya permite tener los museos, escuelas y universidades abiertas y conectadas a nuestro escritorio. Una cultura mundo hipermoderna que exalta nuestras raíces y singularidades, un maremoto de contenidos globales a nuestra disposición, en fin, un viaje sin destino de lo más enriquecedor.

A cambio debemos asumir los nuevos riesgos. Ahora, los libros no se queman ni se pueden prohibir ni se censuran, pero tener acceso a todo en todo momento puede llegar a deslumbrarnos, a cegarnos, igual que la palabra repetida mil veces pierde el significado. El saber sí ocupa lugar y tiempo.

Así pues, si queremos avanzar no tenemos más remedio que dedicarnos a actualizar las reglas y recoger

en la Constitución como es debido *el derecho a la cultura* como una libertad fundamental, el mejor instrumento jurídico del que disponemos para defender las capacidades y necesidades básicas de la persona.

Claro está que el nivel de protección jurídica dependerá del contenido. *El derecho a la cultura* protege toda creación, pero no debe protegerla de la misma forma ni con la misma intensidad. No todas las novelas son *Cien años de soledad*, ni la pintura de un niño requiere la protección de una obra de arte, ni todo edificio tiene el valor de un Gaudí. La cultura exige una protección jurídica al máximo nivel, pero con tratamientos diferentes en función de los contenidos.

Lo que propongo aquí es la necesidad de garantizar la producción cultural y el acceso mediante la incorporación en la Constitución de un nuevo derecho fundamental que proteja a los autores y consumidores por igual y frente a todos mediante una fórmula parecida a esta:

Se reconoce el derecho de autor a la creación, producción y distribución de los bienes culturales y el derecho de acceso, circulación e intercambio en cualquiera de sus manifestaciones.

Es verdad que el derecho no resuelve los problemas, pero es el que nos dice quién puede y cómo debe

hacerlo. Y como la partida no ha terminado y todo se construye a trozos, un pequeño matiz, un minúsculo cambio como el propuesto puede hacernos un poco más libres, hasta nuevo aviso.

¿Monarquía o república?

En las primeras sociedades se veía quién mandaba cuando el titular del poder montado a caballo enseñaba su espada. Y aunque los griegos convirtieron la polis en un centro institucionalizado de poder, seguía predominando el vínculo personal. El poder era del que lo ejercía.

En la Edad Media, el dueño del poder era el dueño de la tierra, con todo lo que esta contenía, ya fueran personas o cosas. Los príncipes dictaban y aplicaban caprichosamente las reglas, imponían y cobraban los tributos a los campesinos, ordenaban a los siervos y formaban grupos armados a su servicio.

Pero, a medida que estos grupos medievales se hacen más amplios y complejos, este poder personal efímero, débil y arbitrario del señor medieval como propietario de personas y haciendas resultaba ineficiente para asegurar la unidad de unos grupos humanos cada vez más amplios y desarrollados.

Y he aquí que, entre tanto cambio y necesidad, hace 500 años, Maquiavelo, como cualquier científico, descubrió que la causa principal de la inestabilidad de los grupos feudales se debía a que la titularidad del poder político y su ejercicio se ponían en manos del mismo señor, y propuso un cambio: en lugar de que el poder fuera una prerrogativa de una sola persona física, se inventó un nuevo soporte, un nuevo dueño más permanente, más duradero y sólido al que llamó "Estado".

Menudo descubrimiento, ¿no os parece? Maquiavelo se inventa un ente, un artificio, algo inmaterial, una ficción, "el Estado", y lo convierte en el nuevo dueño del poder y a los príncipes y reyes en los agentes temporales, en los gobernantes que lo ejercen de forma absoluta pero que ya no lo poseen. Maquiavelo separa al titular del poder, al dueño de la espada, de la persona que puede usarla. Y así, por arte de magia, una palabra, "Estado", se convierte en una institución, en un organismo con vida propia, con su propia razón, "la razón de Estado". Una razón que se expresa a través del derecho, que se impone, por primera vez, en todo el territorio a través de los "códigos".

Esta es la gran revolución política del Renacimiento, separar al que manda del que manda mandar y con ello consigue subordinar la voluntad de los gobernantes, reyes y príncipes a unos objetivos

superiores del Estado; entre ellos, la unidad y la fortaleza de los pequeños reinos y principados.

Pero ¿quién puede ejercer el poder del Estado? ¿Quién puede mandar?

Hasta finales del siglo XVII, la forma de gobernar el Estado fue la monarquía absoluta. Un sistema que delegaba todo el poder al rey a cambio de que este garantizara la seguridad y unidad a la comunidad. Con el Estado, el poder absoluto del rey empieza tener límites.

No obstante, con el paso de los años, también la monarquía absoluta se convirtió en un sistema muy poco eficiente. ¿Cómo podría ser si no? Los nuevos sistemas políticos siempre han sucedido a los antiguos y, en los siglos XVII y XVIII, ante la decadencia de los reyes absolutos, se busca una solución en el mundo terreno mediante la razón, y así surge el liberalismo para el que el Estado es el conjunto de ciudadanos.

Para el nuevo régimen político, el titular del poder es el "Estado llano", que mediante un pacto denominado "Constitución" acuerda la forma de organizar el poder y de elegir a los que van a mandar en su nombre. Y así, la razón de Estado es sustituida por la voluntad popular y el Estado absoluto es sustituido por el Estado de derecho, por el Estado sometido al derecho como expresión de la voluntad general. La monarquía absoluta es sustituida por la república.

Pero ¿cómo puede gobernarse el Estado de derecho?

La democracia organiza su poder legislativo mediante una o dos cámaras, incluso puede distribuirlo en el territorio de forma centralizada o federal y, lo que ahora nos importa, puede encargar la jefatura del Estado a un monarca sin poder o elegir directamente a un presidente con amplias competencias.

No nos confundamos: "¿monarquía o república?" fue la pregunta del siglo XVIII, de la misma forma que "¿dictadura o democracia?" lo fue en el XX. Pero hoy, cuando decimos "monarquía" nos referimos a una monarquía republicana, democrática. Una forma de organizar la jefatura de un Estado de derecho que se caracteriza por su exclusiva función de representar a un pueblo al que en ningún caso puede mandar.

Por eso, en las democracias modernas, la monarquía debe demostrar constantemente sus ventajas, ya que el jefe del Estado también es un servidor público retribuido que debe legitimarse con el ejercicio. No es suficiente que se comporte con amabilidad, porque la amabilidad por sí sola, aislada, puede convertirse en la forma sofisticada del desdén, cuando no en un menosprecio gélido y soberbio que raye el desaire.

¿Presidente electo o monarca parlamentario? Esta es la cuestión.

La envidia

Vivimos en una sociedad en la que está mal visto que las cosas nos vayan bien. El envidioso pasa por la vida sin dejar más huella que sus constantes intentos para hacer de menos a los demás intentando excluir, y si puede destruir, a quienes ponen en evidencia su mezquindad.

El envidioso desea algo que no posee y, para conseguirlo, condena el talento y el éxito ajeno. Es un profesional de la difamación, se pasa la vida adiestrándose para dañar la reputación del otro haciendo circular rumores falsos para perjudicar la fama o el prestigio de una persona por la sencilla razón de que él sabe que nunca la tendrá.

Además, la envidia es el combustible de la codicia porque la corrupción es una cuestión mental. El codicioso es débil, inseguro, le atemoriza el porvenir, le falta coraje para vivir decentemente junto a los demás.

El miedo le impulsa sin freno a acumular diamantes y posesiones para sentirse asegurado. El más armado siempre es el más cobarde.

Todo este miedo ha instaurado un clima de impunidad, sobre todo con el dinero, que alimenta un desenfreno que lo envuelve todo y supera con facilidad a los policías y jueces encargados de investigarlo, perseguirlo y castigarlo. No podemos pretender que todas las personas sean legales, pero sí que paguen si no lo son.

Estamos en un tiempo de transición, posmoderno, en un periodo constituyente, ante un cambio de ciclo y ha llegado el momento de cambiar y perder este temor tan humano que nos convierte en rebaño. No nos engañemos, no hay solo una crisis económica de la que dicen que estamos saliendo a nuestra costa. Hay una crisis de confianza en el sistema democrático que exige más que nunca eficiencia, inteligencia y honestidad a los dirigentes. Es momento de avanzar, porque si no se avanza, se desaparece, y el cambio siempre lo hacen los que más lo necesitan, los que no están bien, los que se atreven a decir "¡no!". Sin intentar cambiarlo todo porque entonces podemos quedarnos sin nada. Los revolucionarios —decía Valéry— nos proponen hacer en dos días la obra de años y el resultado es que deshacen, en uno, la obra de siglos. Además, la

exaltación formal de la libertad suscita los adversarios más brillantes. Tan peligroso es no afrontar la situación como afrontarla desde la perspectiva apocalíptica divulgando que los defectos de nuestra época son definitivos y conducen a la degradación absoluta, al caos y al juicio final, que no merece la pena hacer nada, que no hay solución porque las cosas pueden hacerse mejor con los mismos medios y en la misma crisis, y a eso se le llama responsabilidad, que quiere decir responder, decir "yo he sido", rendir cuentas y asumir el castigo.

Esto es la democracia: responsabilidad, una revolución que impone sus valores, entre ellos el de la soberanía efectiva de cada cual sobre sí mismo. Democracia, el mejor mecanismo inventado para defender nuestros derechos y canalizar y solucionar los conflictos mediante compromisos, ya que sin comunidad no podemos ser diferentes, sin comunidad somos indiferentes.

Lo veis ahora, estamos en la nueva era, menos demagógica y más pragmática con los ideales, y depende de nosotros que sea para bien, aunque será difícil evitar las convulsiones, y más en España, donde la convivencia siempre se vive como tragedia. La vida política siempre se ha vivido con una dimensión trágica en la que los personajes, sobre todo políticos, se enfrentan de manera misteriosa, invencible e inevitable con el

fin de acabar con la destrucción moral, económica y social del contrario.

Pero la crítica global e indeterminada es tan negativa y peligrosa como la no crítica. Desconfiad de los cenizos, de aquellos agentes de circulación de las malas noticias que resaltan como particulares y propios de un país o de una época los grandes males de los hombres. Los males cuando se conocen ya son menos malos.

El perfeccionista tiene que quedarse en casa porque si sale a la calle, sufre. La propia idea de pureza es engañosa. La razón no lo puede todo porque la realidad cambia más lentamente de lo que tardamos en pensarla. De lo que no cabe duda es que dentro de una década todo será diferente y depende de nosotros que sea mejor.

El poder

Así es, amigos, no hay nada que desee más el ser humano ni más necesario que dominar apaciblemente mediante el derecho. Toleramos a los demás en gran medida por miedo. Casi todo lo hacemos por temor a un castigo legal o moral, casi todo lo hacemos por egoísmo, incluso, en muchas ocasiones, el bien lo hacemos porque nos reporta seguridad, reconocimiento y autoridad.

Muchos, si de repente se convirtieran en poderosos, se transformarían voluntariamente en seres antipáticos e injustos. No cabe duda, en su esencia el derecho —y su espada, el poder— es un artificio necesario para que la especie pueda sobrevivir, como el agua, la comida o el refugio. Obedecemos por miedo al que manda, pero en mayor medida obedecemos por miedo a que nadie mande.

En fin, que esta naturaleza humana, débil, codiciosa, temerosa, obsesionada por la seguridad hizo

que, en las cuevas, hace solo unos miles de años, ya se establecieran artificios y reglas que se imponían por la fuerza con el objetivo de que el grupo sobreviviera, permaneciera impidiendo que los individuos enfrentados se destrozaran los unos a los otros o los destruyera el exterior. Reglas que no se obedecían instintivamente, sino por miedo, por temor.

Rousseau no tenía razón; si el ser humano fuera bueno por naturaleza, no haría falta inventarse un poder para vigilarlo y castigarlo, no harían falta ni policías ni tribunales. La idea de que la desigualdad entre los hombres es efecto de la sociedad, que las leyes sociales son las pervertidoras, es una idea romántica que no se sustenta en la realidad, como también lo es la imagen mítica del *contrato social* que describe una sociedad de hombres libres e iguales que resuelven sus asuntos reunidos en asamblea debajo de un árbol.

El ser humano para sobrevivir necesita convivir y convivir es competir. Vivir en discordia es la regla de los mortales, decía Empédocles. La persona es esencialmente egoísta y, por tanto, envidiosa, autoritaria y codiciosa. Pero para existir necesita un grupo y el grupo, un jefe, y el jefe, unas reglas para perpetuarse, porque en nuestro sistema, el desorden, la entropía aumentan con el tiempo, por eso necesitamos intervenir, decidir constantemente.

¡¿No los veis?! Hay buitres en todas partes, cuatreros, traficantes y sádicos. Esto es la humanidad y de esto debemos partir para establecer una sociedad libre, justa y en paz. En vuestra vida habéis encontrado delincuentes, traidores, y a menudo sois injuriados, calumniados y difamados. Cada día cuando os levantáis os las tenéis que ver con pillos y sobre todo con estúpidos y mezquinos envidiosos, pero también encontráis abnegación, entrega y, lo más importante, descubrís que los mismos malvados y mezquinos, en otras condiciones políticas, con otras leyes, son capaces de caridad y los usureros y corruptos, de generosidad y honestidad.

No, queridos amigos, no es la política la que provoca los conflictos, sino la naturaleza humana, y la política resulta imprescindible para canalizarlos y solucionarlos antes de que nos devoren. En otras palabras, que las cosas siempre tienden a ir mal si se abandonan a sí mismas y para comprobarlo solo tenéis que dejar de limpiar y reparar las cosas en vuestra casa y veréis cómo rápidamente aparece el caos.

Con el tiempo y los descubrimientos, estos artificios y convenciones primitivas, estas reglas impuestas por el jefe, se fueron adaptando a cada situación, evolucionando y haciéndose más complejas y sofisticadas hasta transformarse en lo que hoy conocemos como

derecho, un conjunto de normas de conducta obligatorias e impuestas por el poder político, un conjunto de reglas de conducta que hacemos nosotros para salvarnos de nosotros mismos y que nosotros cambiamos. Unas reglas del juego que en los Estados desarrollados son comunes, precisas y publicadas, y que regulan, incluso con demasiado detalle, los comportamientos e intereses de los ciudadanos para hacerlos compatibles.

En fin, normas, leyes que son lenguaje, relatos, enunciados, convenciones, palabras que expresan mandatos e imponen castigos y prohibiciones y que no siempre son razonables y muchas veces resultan injustas. Así que, cuando hablamos de poder y de derecho, no todo son ventajas, aunque resultan imprescindibles para sobrevivir.

La justicia

La justicia, menuda palabra. Es como el humo: cuando creemos tenerla, se escapa entre los dedos. Es demasiado grande y demasiado plural para fijarla, porque una actuación del Gobierno, una sentencia, puede ser justa para mí, pero no para mi vecino, y puede parecernos justa hoy y no mañana.

Toda ley es justa para el gobernante que la aprueba, pero puede no serlo para el público que lo ha elegido. Puede serlo para la víctima y puede no serlo para el condenado.

Pero como podéis comprender, la justicia no puede quedar abandonada a nuestros criterios e intereses particulares. Y como no es posible conocer lo que es justo para todos, es necesario saber quién tiene la capacidad para decidir el criterio de justicia oficial, aunque no coincida con el nuestro; y en democracia este criterio de justicia común son los derechos humanos

y estos derechos necesitan una determinada organización que los asegure, y así, cuando decimos que un sistema es justo, nos referimos a que tiene un buen sistema de "aseguramiento" de nuestros derechos; una buena gobernanza. Y en este sentido nuestro Estado no está en su mejor momento y corre el peligro de convertirse en un sistema vacío.

Nuestras élites, con las palabras más cariñosas, continúan debilitando la democracia y, eso sí, envolviendo y emborronando sus decisiones con un bosque ingente de normas fragmentarias y contradictorias llenas de oscuridades calculadas, ocurrencias e incongruencias y repletas de desaciertos, errores y muchas injusticias.

Nuestro sistema se está degradando, relajando, reduciendo; incluso está entrando en una cierta descomposición de sus elementos esenciales. La ley a toda costa, dicen, pero la ley o la Constitución por encima de todo es un absurdo, como aquel que vive para respirar o para comer cuando lo correcto es respirar y comer para vivir. La ley o la Constitución no pueden convertirse en la finalidad del sistema. El derecho no puede definirse nunca como el objetivo de la democracia y la libertad porque simplemente es su condición, su instrumento. Un buen ejemplo de esto es la sentencia sobre el Estatuto de Autonomía

de Cataluña. El Tribunal Constitucional confundió los deseos con la realidad. Se dejó llevar demasiado por los sentimientos. Lo que pretendió el tribunal con esta interpretación interesada es que Cataluña no pudiera ser una nación, o mejor, que dejara de ser y sentirse una nación. Intentó regular los sentimientos olvidándose de que el derecho no lo puede todo y que el tribunal no puede imponer la bondad o la felicidad, que son cosas del carácter y no de la voluntad. Los sentimientos no se pueden decidir.

El derecho es un instrumento y no un fin, el derecho no tiene nada que merezca ser sacralizado, y decir "el derecho por encima de todo" es igual de absurdo y peligroso que decir el Estado o la patria por encima de todo y estar dispuesto a morir o matar por ella.

En el derecho y el poder no hay nada trascendente. Las reglas defendidas con la fuerza de la espada son las que nosotros queremos para evitar que nuestra debilidad nos conduzca a la autodestrucción.

Jueces

Me preguntáis: "¿Quién puede ser juez y qué se necesita para serlo?". Cuando le formularon la misma pregunta a un juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, sin dudarlo contestó con seguridad: "En primer lugar, debe tener capacidad de trabajo, de esfuerzo y dedicación; en segundo lugar, sentido común; y, finalmente, si dispone de algunos conocimientos jurídicos, le resultarán de mucha utilidad".

Se piensa y se suele decir que los jueces son especiales y es verdad, pero como todos. Un juez es una persona que con 18 años decidió estudiar leyes, como podría haber elegido ser arquitecto, economista, médica o enfermero. Estoy seguro de que ninguno de vosotros sentisteis la irresistible necesidad de ser juez a los 18 años, lo decidisteis poco antes de terminar los estudios, y después de consultarlo y de muchas dudas.

Os aseguro que, cuando finalizáis los estudios de Derecho, todos los estudiantes sois muy parecidos y casi todos angustiados os preguntáis: "¿Con qué máscara trabajaré?". Pero cuando se escoge la función, cuando se elige la máscara, entonces sí, entonces no hay nada más parecido a un notario que otro notario, ni a un juez que otro juez, aunque no haya dos jueces iguales porque el ejercicio de una profesión, de una función, necesariamente imprime carácter.

La función nos transforma. ¡Pero atención! Porque la máscara que elijáis hará el baile por vosotros, ya que los demás te toman por lo que pareces, y es la máscara de juez la que les imprime este distanciamiento, incluso la frialdad que los delata y que equivocadamente va generando una imagen errónea y arrogante que nada tiene que ver con su competencia ni independencia.

Independencia, una palabra que se usa para las más diversas situaciones, incluso como muletilla o legitimación de lo indefendible porque las palabras se agitan, se escapan de las manos y cobran vida propia, cuando no languidecen y mueren. Esto puede estar pasando con la palabra "independencia". Es tantas veces invocada en vano que corre el riesgo de convertirse en un término vacío. En un Estado de derecho "todos estamos obligados a respetar la independencia de los

jueces y magistrados" (artículo 13 de la Ley Orgánica del Poder Judicial, LOPJ). El problema es determinar los casos en que esta independencia es atacada, y parece lógico que la determinación de los mismos no quede solo en manos del juez afectado porque entonces podría prohibir, en defensa de su independencia, cualquier discrepancia con su actuación. Y en democracia, discrepar, si se hace debidamente, es respetar.

No toda actuación discrepante con las actuaciones de un juez tiene la entidad suficiente para afectar a su libertad de actuación. Ni todo acto que perturbe o inquiete a un juez debe considerarse coacción o lesión de su independencia. Es necesario que las actuaciones denunciadas tengan la entidad suficiente como para producir un condicionamiento que afecte a su libertad. La independencia también se requiere y se refiere a la firmeza de carácter de la persona y de las instituciones que esta ocupe.

Por ejemplo, para prohibir que unos ciudadanos puedan manifestarse ante un juzgado es necesario que la manifestación esté prohibida o sea intimidatoria. Y por lo que hemos visto, no parece que siempre sea así, y tampoco creo que su objetivo fuera cuestionar la legitimidad de los jueces ni influir en sus decisiones. Otra cosa es que se crea poco conveniente.

La independencia que exigen los artículos 13 y 14 de la Ley Orgánica del Poder Judicial no implica resignación ni transigir y callar. La independencia judicial que impone el Estado de derecho también garantiza respetar las discrepancias. La independencia judicial nada tiene que ver con estar en posesión de la verdad y considerar infalible lo que es solo argumentable.

En fin, lo que no podemos negar es que los jueces son un poco especiales, pero como todos. Los jueces, por muy amigos que sean, no dejan de verte como un posible cliente, al igual que el médico amigo cuando te dice "no tienes buena cara" y te destroza el día, o el arquitecto que entra en tu casa y antes de darte la mano ya está mirando las estructuras. La profesión nos hace profesionales de la misma forma que nuestra identidad, la personalidad, nos hace personas. ¿Cuál es tu máscara?

Estudiantes

Y ahora, ¿qué?

Durante más de 30 años, en el aula, he explicado la Constitución y los derechos humanos e incluso he presumido de nuestros dirigentes. Pero me olvidé de decir, con la suficiente antelación y claridad, que todo lo que empieza, tarde o temprano termina, y con razón muchos licenciados están decepcionados porque no esperaban que la vida fuera así.

Es un mal momento, lo sé. En poco tiempo pasaréis de la emoción de haber terminado los estudios a la conmoción, al vacío, y cuando uno no sabe qué hacer tampoco sabe qué decir, y esto puede llevarlo a un espacio de claudicación, de resignación y a pensar que el mundo es una estafa.

Pero ¿qué significa eso? Una proposición es falsa cuando es engañosa y una ley es absurda cuando ofende al sentido común. Pero el mundo, el mundo no quiere

nada, no es favorable ni hostil; la nieve tiene el mismo color de siempre y la uva madura cada año en agosto. El mundo es lo que es. Nosotros somos los diferentes y podemos cambiar y responder a lo que está pasando y a lo que puede pasar.

Por eso, con lenguaje sencillo, dejándome llevar por el momento, intento alertarlos y tratar de romper, como si fuera un hacha, la perplejidad e indiferencia en la que vivimos. Para ponerlos en guardia frente a las dificultades y, sobre todo, para deciros que el *progreso* se ha terminado y solo les queda el *por-venir*, lo que va a venir, y el *por-venir* depende de cada uno y uno es lo que *sabe* y lo que *hace*, porque es necesario *saber*, pero más necesario es *saber-hacer*.

El caballo y la espada

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué necesitamos que alguien nos ordene, nos diga lo que tenemos o podemos hacer o hasta dónde podemos llegar? ¿Por qué necesitamos el juicio y el castigo, el caballo y la espada?

Es el miedo el que fabrica el derecho, cada frase, cada palabra, está relacionada con el temor y el miedo lo produce nuestra cabeza y por ello somos como somos. La evolución es la evolución del cerebro y la evolución siempre se produce por necesidad, porque cuando no se necesita una cosa, se debilita, se deteriora y desaparece. La evolución personal pero también social se produce cuando el proceso de copia no es exacto, cuando las cosas no van bien, entonces se produce el cambio.

Los animales no pueden pensar, ni razonar, ni planificar, no lo necesitan para sobrevivir y por ello no

pueden ni necesitan ordenar sus conductas en relación con las de otros, no son libres. Para ellos el instinto lo es todo. En cambio nosotros, para sobrevivir, necesitamos decidir. Necesitamos interpretar el mundo y controlarlo para poder seguir, porque estamos rodeados de una naturaleza hostil frente a la que somos muy poco competitivos. Tenemos que decidir, tenemos que elegir para seguir existiendo y esta necesidad es la que nos ha exigido inventar el arco, el fuego, la espada… y el derecho.

¿Cuándo se produjo el cambio? Hace cientos de miles de años, un antecesor nuestro, seguramente el más débil y enfermo, un ejemplar físicamente defectuoso, aquel chimpancé que apartaron del grupo por raro y al que daban unas semanas de vida, miedoso, aterrorizado por su debilidad, aquel indefenso antecesor con el instinto un poco atrofiado, aquel ser diferente, poco competitivo, a punto de fallecer, resultaría revolucionario porque su inferioridad, su debilidad lo cambiaron todo.

El error genético que lo hizo débil y diferente le obligó a esforzarse para sobrevivir. La mutación que lo hizo débil frente a los suyos le permitió evolucionar hasta desarrollar el talento e inventar la rueda y el ordenador, pero también el poder político y la virtud. Lo que no mató a ese primate singular lo hizo inteligente

pero también débil, miedoso y consecuentemente egoísta y codicioso. Así pasó de proferir gritos a la comunicación verbal, a la palabra.

Así es, el hombre es el único animal que para vivir necesita decidir, pensar y decir lo que piensa, el único animal consciente de su débil existencia y eso lo hace esencialmente egoísta y miedoso, y la fórmula primera y fundamental del egoísmo es la codicia. Si se dejara que los humanos siguieran su naturaleza, decía Hobbes, el miedo consciente de cada uno lo llevaría a arrebatar la comida y los bienes a los demás, y el resultado sería la continua guerra de todos contra todos.

Por eso, desde la pequeña tribu al Estado más desarrollado, donde quiera que se produzca un encuentro, donde haya un grupo, existirá un poder concentrado, un poder político con su bastón, el derecho; un montón de convenciones, de enunciados, de palabras cada vez más sofisticadas, con la finalidad de ordenar una determinada comunidad para que pueda continuar.

Confederacion de Estados Europeos

No hay duda, el sistema está averiado, el Estado tradicional tal y como lo inventó Maquiavelo está llegando al límite y no nos queda más remedio que rehacerlo para que aguante hasta que logremos otro sistema mejor. Y de eso se trata, caminar hacia un mundo organizado en estructuras políticas más globales, compuestas de Estados nacionales con poder limitado en beneficio de un nuevo sistema político más general, más plural, más eficiente.

No es la luz la que nos atrae a Europa sino la sombra la que nos empuja. ¿Quién puede dudarlo? Ninguno de los países europeos, por sí solo, tiene posibilidad de ejercer una influencia que asegure nuestros derechos. Sin una organización política que permita la confederación de los Estados europeos, nuestros valores y nuestras conquistas, nuestro modo de vida, nuestro "¡no!" a la pena de muerte no podrán sobrevivir y podemos perderlo todo.

De modo que durante una muy larga etapa conviviremos desordenadamente con ordenamientos internacionales y nacionales, regionales y locales, y la gestión política cada día va a ser más fruto de la cooperación y el acuerdo entre los distintos agentes públicos y privados. Un sistema de gobierno que integra lo nacional y lo internacional, las ciudades y los Estados, como la música y la pintura, un novedoso sistema político que integre el pasado, el presente y el futuro. Todo simultáneamente a nuestra disposición.

Ciertamente la Unión Europea, esta confederación de Estados democráticos, está afrontando la más profunda crisis económica de su historia, una crisis que puede dar al traste con todo. Pero no debemos dudarlo, este modelo europeo, un poco posmoderno, sin utopías ni ideales absolutos, basado en la diversidad y el acuerdo y en cierta forma en la indeterminación del propio derecho, puede resultar una buena alternativa para gobernar el futuro global porque permite la unión de diversos Estados sin que por ello se vean obligados a disolverse.

Una forma de organizarnos mucho más pragmática, con un poder político más repartido y compartido y con una gestión multinivel ciertamente más complicada, más oscura, pero también más democrática, más libre y sobre todo más eficiente.

La línea recta no existe y los objetivos totales y sin fisuras tampoco. Todo es plural, oscuro y como siempre difícil. La confederación de Estados democráticos europeos no necesita la tan reclamada unión política, si por unión entendemos la creación de un nuevo Estado nación, por suerte, ello no es ni posible, ni deseable.

Pero ¿no los veis? Ya salen los agoreros y los perfeccionistas, los defensores del vacío haciendo mucho ruido, porque el vaso vacío siempre hace más ruido que el lleno. Ya están aquí denunciando el déficit democrático en la toma de decisiones de la Unión Europea, olvidándose de que lo mejor nunca es lo más probable. Que en todo sistema democrático siempre hay un déficit de democracia porque la perfección, por suerte, no es posible y aun así en la Unión Europea hay más parlamentos democráticos que en ningún otro lugar y todo se discute hasta la extenuación por representantes libremente elegidos por nosotros.

Sí, así es, otra vez Europa, la buena Europa, porque hay una Europa mala. Otra vez nuestra querida y odiada Europa vuelve a estar en cabeza con la propuesta de un nuevo modelo de organización política, la confederación de Estados democráticos, que puede asegurar nuestras libertades ante los nuevos desafíos. Un nuevo sistema político definido por los tres elementos tradicionales (pueblo, territorio y poder), pero combinados

de una forma diferente, más plural, menos rígida y con un nuevo alcance. Ahora los extranjeros ya no son alemanes ni franceses, y en los Pirineos ya no hay aduanas, la moneda es la misma y los derechos son iguales para todos, pero seguimos conviviendo en nuestras madrigueras. Europa es el único lugar en el mundo en el que no hay pena de muerte.

Hay que prestar mucha atención. No cabe duda que estamos viviendo el comienzo de una nueva forma de organización política, de un nuevo "régimen", la Unión Europea, una confederación de Estados democráticos. En fin, que sin decirlo, incluso sin saberlo, por necesidad estamos construyendo el sistema político del siglo XXI, estamos pasando a otro sistema operativo porque todo es pasajero y el invento de Maquiavelo está feneciendo, aunque su declive pueda durar siglos.

Enemigos

Estamos en apuros. De nuevo saltan las alarmas: la sensación estremece. ¿Qué pasará? Algunos dicen que tenemos que prepararnos para el horror de una guerra larga, muy larga. Una guerra global, sin frentes definidos y contra enemigos fanáticos invisibles. En fin, como casi siempre el futuro viene cargado de complicaciones y crisis.

¿Quién lo iba a decir? El movimiento en una dirección provoca el contrario. La globalización es como una máquina que se acelera y lo dispersa todo en todas direcciones. Las buenas cosas y las malas se suceden vertiginosamente, desmesuradamente, y entre las muy malas nos ha traído el terror, una técnica que se globaliza mientras las emociones se localizan.

Los desastres naturales y las pandemias, pero también las organizaciones criminales, han entrado en el siglo XXI como un virus muy contagioso capaz

de traspasar todos los límites. Los antiguos vocablos "asesinato", "masacre", "genocidio", "destrucción" no sirven para calificar el sadismo de las pandemias, de los desastres naturales, de los fundamentalismos actuales y futuros que hacen alarde de los crímenes, que son artesanos del terror. Antes el criminal intentaba esconderse, disimular y negar; el terrorista actual presume de la crueldad, del sufrimiento, porque la finalidad de sus crímenes es el impacto, el estremecimiento, el terror.

¿Lo veis? El horror vuelve a sus orígenes, los fundamentalismos nos condenan de por vida por comer una hamburguesa. Para ellos decapitar a los infieles es un acto de piedad, evangelizador. Los crímenes del fanatismo actual, su frialdad, su constancia, su brutalidad para nosotros son inéditos, monstruosos. No logran sus victorias en el campo de batalla, ejército frente a ejército. Sus tropas esparcidas y socialmente disfrazadas operan sobre niños y adultos indefensos en salas de fiesta, restaurantes y cafeterías, en cualquier lugar del mundo y en cualquier momento decapitan ante las cámaras al primero que pillan y cuelgan de los puentes a sus víctimas torturadas buscando la mirada de la cámara para que el atentado quede grabado en nuestro cerebro y convertirnos en sus prisioneros mentales. No quieren cambiar nuestras sociedades, quieren destruirlas.

De nuevo las emociones triunfan sobre las razones y la imagen sobre la palabra. Los linchamientos impactan por su bestialidad. Su objetivo no es el "quién" sino el "cómo": derechas o izquierdas, europeo o sirio, amigo o vecino, solo les interesa el estremecimiento, el efecto directo. Nos están diciendo: "¿Amáis la vida?, pues nosotros la muerte. Si eliminamos a los herejes, eliminamos los pecados. La muerte como la única certeza ¡Viva la muerte!".

En fin, son capaces de todo. Utilizan el terrorismo como un explosivo mental, como una técnica que produce un miedo paralizante que nos desconecta. Una fuerza destructora que intenta fascinar a grupos y personas afines para que desarrollen una relación de dependencia y complicidad con el criminal. Y aunque no resulta fácil precisar cuál es el mecanismo de tal irracional atracción, quizá su fuerza, en alguna medida, la estamos facilitando también con nuestra mirada.

Cuando vemos en nuestro salón uno de esos linchamientos, reconozcámoslo, miramos al asesino. Contemplamos la más escalofriante masacre como si fuera una película. El protagonista es el terrorista. La víctima con el cuchillo al cuello a punto de ser degollada, o las decenas de muertos de un atentado, son invisibles. La imagen del verdugo está ganando la batalla y la víctima está perdiendo peso.

Pero, ¡ay!, cuando recibimos la imagen de niños ahogados en nuestras playas o vemos asesinar a decenas de nuestros vecinos, entonces nos llevamos las manos a la cabeza (un ratito) y nos preguntamos: ¿qué pasa?, ¿quiénes son?, ¿qué quieren?, ¿de dónde han salido? Y nos extrañamos cuando millones de refugiados (malos, buenos y regulares) llegan desesperados a nuestras casas huyendo del terror, incluso generado por su propio Estado y que sufren, y lo sabemos, desde hace décadas.

En los últimos 15 años se han producido en el mundo unos 6.000 atentados terroristas con más de 140.000 muertos, la mayoría musulmanes, y no hemos dicho ni hecho casi nada para acompañar y apoyar a estas víctimas. Cómo podemos convivir con tanta atrocidad sin reaccionar, cómo somos capaces de mirar hacia otro lado cuando el terror está instalado en Siria, Irak, Libia, Afganistán…, y lo vemos, y lo sabemos. ¿Os habéis fijado en sus ciudades destruidas y sus esqueléticos habitantes? No son de película, aquellas familias sienten lo mismo que yo sentiría.

Además, tienen algo de razón los que piensan que la desastrosa, engañosa y corrupta invasión de Irak fortaleció al Estado Islámico al descomponer las estructuras políticas que lo controlaban.

Hay que desengañarse, despertar y preguntarse en qué medida el terrorismo es exclusivamente efecto de

la mente criminal de un grupo de fanáticos o necesita la apuesta de una parte de la sociedad: quién los financia, quién les vende armas, quién maneja sus redes, quién los protege.

Guardemos silencio un momento y pensemos en lo que podemos hacer para que no haya tantos jóvenes entre nosotros y nuestros que nos odien hasta el sacrificio. Un odio que encubre, facilita y colabora con el terror. Para ellos el mundo ya no gira en torno a la razón y las elecciones.

Por supuesto que no podemos maquillar el terrorismo, que tenemos más que motivos para estar indignados, que las únicas responsables de las matanzas son las bombas humanas y que el castigo es justo, necesario y que estamos suficientemente armados para aplicarlo. Pero la indignación es fugaz e insuficiente. El terrorista también se hace, la mente lo determina todo y la derrota de las emociones es más difícil, más complicada, más larga.

Reconozcámoslo, si queremos resolver el problema, también necesitamos combatir las ideas y desactivar los sentimientos que son el caldo de cultivo del terror, abrazar a los miles de víctimas allí donde estén sufriendo, hacerlas visibles, mirarlas a los ojos y preguntar su nombre, su profesión, por su familia, y apoyarlas y defenderlas como si fueran nuestras. La gente

necesita muy poco para no abandonar su casa: techo, trabajo y sobre todo afecto o al menos reconocimiento, dignidad.

Para ganar la paz hay que arreglar las cosas en cada sitio, porque los mapas ya no sirven para contener a millones de personas que llegan con teléfono móvil preguntando: "¿Hay wifi?". Tenemos que estar unidos y no tener miedo, pero también es necesario ofrecer esperanza a nuestros jóvenes dando forma democrática a la globalización, con tribunales penales internacionales y nacionales que recuperen el principio de justicia universal.

Constitución y cambio

La necesidad lo determina todo. Somos la única especie que para poder vivir tiene forzosamente que decidir, tiene que elegir y competir. Y esta necesidad nos fuerza a organizarnos y a fabricar el derecho, un conjunto de palabras, de reglas que inventamos para poder defendernos, para poder mantenernos.

Por eso no hay Estado sin derecho, aunque solo el Estado de derecho, la democracia viene regulada y sometida a una Constitución que nos dice quién puede ejercer el poder y en qué condiciones, cómo se hacen las leyes y cuáles son nuestros poderes. Así es, la Constitución es un producto nuestro, demasiado nuestro: parcial, imperfecto, caprichoso y siempre interesado, que debe cambiar porque sus palabras también envejecen y se desgastan como cualquier otra materia.

La Constitución es como el agua o el oxígeno, una herramienta, no un fin, un instrumento que no tiene

nada trascendente. Un pacto, un contrato social que institucionaliza un determinado "orden" que será justo si sirve para realizar los derechos.

No podemos confundir ser y deber ser, pero sí evitar su separación y ruptura. La Constitución proporciona siempre *orden* y *certeza*, pero solamente proporciona *seguridad* en su sentido más profundo cuando logra la realización de las exigencias humanas de igualdad, libertad, justicia y solidaridad.

Por eso la Constitución a toda costa no tiene sentido, porque lo primero siempre debe ser la persona, cada persona; todo lo demás son medios e instrumentos. En democracia solo la persona y sus derechos están por encima de todo.

Pues bien, según parece, no vamos por buen camino. Hace apenas una generación los ciudadanos nos tomamos muy en serio el cambio político y consensuamos la mejor, la más eficiente Constitución de nuestra historia. Porque, se mire como se mire, este es un país decente, sereno, moderado, con calidad de vida, en el que casi nadie, ni siquiera en medio del actual agotamiento institucional y económico, cuestiona el sistema democrático.

Pero todo lo que tiene un principio tiene un final ¿Cómo podría ser si no? Todo aquello que se produce, nace y muere, y nuestro actual contrato social, sobre

todo después de la última reforma, está herido, fuera de época. Nuestros dirigentes se la han apropiado y, en señal de obediencia y entrega ciega, se la ofrecen en bandeja a los poderosos interiores/exteriores y, encima, se esfuerzan en convencernos de que todo lo han hecho por nuestro bien.

Esto es lo que está pasando. El sistema político no funciona bien y muestra claros síntomas de debilidad y la debilidad es ruidosa como la copa vacía que siempre hace más ruido que la llena, o como el más armado, que suele ser el más cobarde. No le falla tanto la fuerza, sino la razón que es necesaria para hacerla buena, eficiente y justa.

Los poderes del Estado no actúan divididos. El sistema de elección de nuestros representantes, necesario y adecuado para consolidar la democracia tras décadas de dictadura, ya no nos representa, y las dotadas y caras instituciones de garantía han dejado de ser comisiones de control para convertirse en instrumentos de los partidos y los Gobiernos a los al que debieran vigilar. Sencillamente, están a sus órdenes, pendientes de sus intereses e instrucciones.

El *príncipe* de cada partido designa a los diputados y senadores que nombran directa o indirectamente a los miembros del Tribunal Constitucional,

el Tribunal de Cuentas, el Defensor del Pueblo, los Consejeros de Estado, la Junta Electoral Central, etc., y terminan convirtiéndose en presidentes y nombran a sus ministros y a gran parte de la administración central, autonómica y local, también a los consejeros de empresas públicas, del Banco de España, etc., y lo que resulta más oculto: nombran directamente a los miembros de los tribunales que evalúan las oposiciones a diplomáticos, abogados del estado, técnicos de la Administración del Estado, letrados del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado, entre otros, y para superar los correspondientes procesos de selección, lo importante no es la formación, ni el talento, ni la experiencia o la honestidad, sino la paciencia, la memoria y, en ocasiones, los contactos.

Y esto ocurre hoy, cuando es más necesario que nunca cuidar la promoción de los más idóneos a través de la competición, para poner freno al caciquismo de la función pública que permanentemente nos ha acompañado y que sigue siendo uno de nuestros problemas, entre otras cosas porque oculta y facilita la corrupción; cuanta más burocracia, más corrupción y, sin embargo, continúan los procedimientos anticuados de selección de nuestros funcionarios que no garantizan ni el mérito ni la capacidad ni la igualdad.

¿Qué duda cabe? Los partidos están contribuyendo a desarticular la democracia al instrumentalizar las instituciones de garantía en su propio interés y convertirlas en muros de contención de las protestas. Cuando las cosas van mal, cuando arrecian los gritos de indignación de la gente, piden un informe o aprueban una norma que nunca se aplica.

Han convertido la ley en propaganda, en objeto de consumo. No las aprueban con la intención de que se apliquen, solo se anuncian y tramitan para calmar los ánimos, para distraer la atención o desarticular una protesta. Se reforma y contrarreforma para ganar un puñado de votos, incluso para ocultar con las más suaves palabras los abusos y arbitrariedades.

Leyes ligeras, sin consistencia, aprobadas para la galería y a menudo poco claras, coyunturales, sin vocación de continuidad, incluso mal redactadas, con un exasperante legalismo, un exceso de concreción, de rigidez, de detalle basado en la idea interesada de que la realidad social puede y debe controlarse totalmente por las normas.

Por eso repiten, sin rubor, "la legalidad y la constitucionalidad por encima de todo", porque defienden su legalidad y su constitucionalidad y la defienden porque está a su servicio y con ella nos amenazan. Pero cuando la democracia necesita levantar murallas de

papel legal para protegerse, es que algo se ha roto en el fondo del sistema.

Mientras tanto, el Poder Judicial sigue siendo el diseñado en el siglo XIX para atender unos pocos asuntos. Su organización es burocrática y su funcionamiento, anticuado, desesperadamente lento, lleno de rituales innecesarios e incomprensibles para el profano, con fórmulas, procedimientos y lenguajes esotéricos y anacrónicos que aumentan, sin necesidad, la sensación de inferioridad y de soledad del ciudadano. Una administración de justicia formal, aparente, muy costosa y tremendamente ineficiente, como lo reconoció la máxima autoridad judicial al afirmar públicamente que la justicia penal solo funciona para los "roba gallinas".

Además, ¿no os parece que es preciso preguntarse por qué debemos seguir asumiendo el coste de un funcionamiento tan deficiente de la justicia sobre todo en procedimientos civiles y mercantiles que resuelven disputas económicas privadas que duran décadas y terminan en sentencias que no se pueden ejecutar?

En fin, que vamos a tener que enfrentarnos seriamente a este proceso de banalización, de falseamiento, de vaciamiento de nuestra democracia y con ella de nuestros más esenciales intereses porque, si no lo hacemos, nuestros derechos van camino de

transformarse en una ideología falaz y sofisticada, en una vacuidad verbal que justifique el pillaje con amorosas palabras.

La Constitución vigente, a la que rendimos culto por los servicios prestados, ya no es ni eficiente ni suficiente para controlar, por ejemplo, al nuevo capitalismo financiero global, ante el cual nuestros dirigentes han levantado los brazos y lo han dejado sin ningún control, y a los mercados no se los puede dejar solos porque sus excesos no tienen fin. El resultado es el triunfo absoluto de la lógica mercantil, que ocupa ya todo el espacio frente a unos ciudadanos cada vez más debilitados, agotados de tanto competir.

Es verdad que el problema es global y que siempre ponemos más énfasis en los momentos de crisis que en las buenas situaciones, al igual que la enfermedad siempre se siente más que la salud, pero tampoco podemos engañarnos, estamos en una situación más vulnerable de lo que parece.

Se mire como se mire, el sistema político funciona peor de lo que podemos imaginar, se está degradando, relajando, reduciendo; incluso está entrando en una cierta descomposición de sus elementos esenciales y, si no lo reforzamos, puede ceder su puesto a un nuevo régimen del que todavía no sabemos el nombre, pero

que se está conformando. Un nuevo régimen compuesto por un grupo de corporaciones económicas que actúan sin necesidad de ejército, ni tribunales, ni policías, ni banderas, ni un territorio delimitado por fronteras. Un nuevo sistema para el que lo bueno solo es lo útil.

De nada sirve lamentarse y responsabilizar de la situación a los avances tecnológicos o a la globalización. No se discute el invento democrático, ni la bondad de su universalización, no se plantea si hay una alternativa, sino cómo dentro de esa globalización podemos rehacer, recuperar y fortalecer nuestra Constitución para enfrentarnos a los problemas y garantizar nuestros derechos.

Pero llamamos a la puerta y nadie responde, y la impunidad de los poderosos crece porque no disponemos de instrumentos eficaces para exigir a los responsables, a los que mandan y a los que mandan mandar, que rindan cuentas y carguen con las consecuencias de lo que han hecho o dejado de hacer; porque, con independencia de que haya una crisis general, incluso mundial, las cosas podrían hacerse mejor con los mismos medios y en las mismas circunstancias y eso es lo que les reprocho, que con sus decisiones o falta de decisiones hayan hecho más dolorosas y largas las dificultades y no respondan por ello.

En fin, que estamos en una crisis política en toda regla, con la quiebra de los procesos de representación política, conflictos territoriales muy graves sin resolver por miedo a abrir el debate, grandes deficiencias en el funcionamiento de los poderes y de las instituciones de garantía y todo aumentado por los efectos sociales devastadores de la crisis económica.

¿Qué grado de desigualdad e ineficiencia aguantará el sistema? Lo seguro es que los actuales instrumentos constitucionales tal y como están formulados son de otra época. Ya no resulta suficiente tener un Parlamento y elecciones para calificar a un sistema político como democrático, ni basta con declarar los derechos para asegurar su protección. Para seguir y avanzar, la Constitución necesita reforzarse, reafirmarse, rearmarse.

Necesitamos nuevos sistemas electorales con listas más abiertas y procedimientos de participación en los asuntos públicos que de nuevo vinculen a los representantes con los representados. Necesitamos reformular las relaciones entre economía y política en términos democráticos y no solo para defender los intereses del mercado. Eso es la democracia, mejoras y rectificaciones y, si no avanza, desaparece; y eso sí, sin intentar cambiarlo todo porque entonces podemos quedarnos sin nada.

No nos engañemos, no hay una crisis de valores, como repiten aquellos a los que les molesta que no se impongan los suyos. La culpa no es de los valores, que son los mismos de la Transición: igualdad, libertad, justicia y solidaridad; lo que hay es una crisis de confianza en el sistema democrático que exige más que nunca eficiencia, inteligencia y honestidad a los dirigentes.

Por eso conviene reafirmar nuestro contrato social con una reforma que no se reduzca al cambio de las comas para disimular o al estudio exclusivo de la gramática de sus palabras, que coincide con la falsa excelsitud de quienes ponen los ojos en blanco cuando hablan del "concepto" de "ley" o de "principios" y no están dispuestos a dejarlos contaminar con historias, casos o subjetividades.

Pero nuestros *príncipes*, como Napoleón, prefieren que la Constitución sea "corta y oscura", y así poder seguir embrujándonos con juegos de palabras que emborronan las responsabilidades. Prefieren una Constitución "semántica" vulgar, con un sentido impuesto, formal, que la convierte en una pose, en un fraude, en un engaño.

La Constitución por encima de "todo", dicen, una idea de pureza que nos condena y nos aplasta. Los fundamentalistas del derecho aceptan la injusticia

con tal de defender la letra de la ley por encima, el sentido más gramatical de sus palabras, de "todo". Están más preocupados en no dar un mal paso ante los ojos de la dogmática y la doctrina y de agradar a los jefes que de cometer cientos de errores de razonamiento que nos conducen directamente al acantilado, y encima intentan convencernos de que todo lo hacen por nuestro bien. "La Constitución por encima de todo", dicen; una idea de pureza que nos condena y aplasta.

La fijeza del lenguaje nos engaña. No olvidemos que la verdad en derecho es verdad porque interesa. En fin, que no tenemos más remedio que dedicarnos a fijar nuevas reglas con una claridad de estilo que revele la claridad de ideas que aseguren el imperio de la ley como expresión de la voluntad popular y la sujeción de todas las autoridades, públicas y privadas, a la Constitución y al resto del ordenamiento jurídico.

Necesitamos actualizar nuestro contrato social para que nos diga claramente quién tiene el poder y cómo puede ejercerlo, cómo es la economía y cuáles son sus límites, quién fabrica y aprueba realmente las leyes y cómo se eligen nuestros representantes. Un cambio constitucional que limite el poder, también el financiero, y devuelva la eficiencia a nuestros dirigentes

y la confianza en nuestros representantes, porque para eso se ha inventado la separación de poderes.

Claro que la democracia siempre ha tenido dificultades, pero hoy debe cambiar minuto a minuto, debe organizarse de nuevo, renovarse tecnológicamente. Debe adecuar su estructura a la tormenta digital, a las necesidades internacionales e incluso globales del momento. Porque los niños que juegan con el ordenador, como antes lo hacían con la radio, están ya en otra época.

Pero todavía no sabemos exactamente cómo podemos hacerlo, no tenemos un libro de instrucciones que nos enseñe a manejar el futuro. Lo que sí sabemos es que necesariamente estará lleno de pasado, que la línea recta no existe, que todo es curvo, oscuro, difícil, y que cualquier distracción nos hará retroceder décadas.

Estamos en un momento desesperadamente y, en parte, artificialmente complicado, pero los cambios casi nunca son voluntarios, los cambios suelen ser inevitables y necesarios, y siempre los impulsan los que no están bien, los que más los necesitan, y hay que abordarlos sin los tradicionales extremismos, que son la mejor forma de eludir los compromisos, porque tan peligroso es no afrontar la situación como afrontarla desde la perspectiva apocalíptica del que se consuela

divulgando sus frustraciones diciendo que no merece la pena hacer nada, que no hay remedios, que no hay soluciones, porque las hay, aunque parciales y temporales. Todo se construye a trozos.